Milita Molina

Fina Voluntad
(Dos novelas cortas)

BEATRIZ VITERBO EDITORA

Biblioteca: *Ficciones*
Diseño de colección y tapa: Daniel García
Ilustración de tapa: Carolina Antich

Primera edición: diciembre 1993

Laprida 2086, Rosario

I.S.B.N.: 950-845-011-8

Impreso en Argentina
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

A Hugo R. Correa Luna,
lector puntual de este libro,
a Javier,
a mis padres.

—¡Robemos el botín que está oculto
detrás de la pared!
—¡Pero si no hay ninguna pared...!
—No importa. Hagamos la pared y
después robamos el botín.

Hermanos Marx

El visitante

—¿Y qué piensa hacer ahora en una casa tan grande? —había preguntado, finalmente, la señorita Constancia que, sin ánimo de parecer valiente, tal vez atendía al hecho de que —dadas las circunstancias— nunca iba a ser el momento oportuno de hablar y, por lo tanto, no tenía el menor sentido esperar.

—Me moveré como siempre —había respondido sin aparente sorpresa ni demora la Sra. Catherine Harven. Sólo que deberé moverme más, considerando que ahora estoy sola para ocuparla —había continuado la valerosa dama que, aunque acababa de perder a su marido en un penoso accidente, parecía dispuesta a no dejarse abatir por una circunstancia que ella misma debería considerar como una de las más desastrosas que podrían haberle ocurrido.

Las dos mujeres habían cruzado estas palabras en el jardín. La mecedora en la que la señora Harven había estado sentada por largo rato quedó hamacándose sola con movimientos espasmódicos que se interrumpirían de un momento a otro si el enorme perro apartaba la cola. La brusca aparición de la señorita Constancia en el marco de la puerta-ventana parecía haber sido el motivo de que la dama se levantara no menos bruscamente. En contraste con lo que se hubiera esperado de la figura frágil y algo vaporosa de la mujer mayor, ésta se había erguido con una energía que pareció transmitirse a sus hermosos ojos azules, filtrándose por su piel transparente de finas y prolijas arrugas. La vejez ejercía su trabajo de un modo manso y benigno sobre la señora Catherine Harven.

Cuando se puso de pie, su gesto resultó tan vibrante que el enorme jardín quedó aún más quieto y silencioso y hasta los perros —dos dogos fuertes y elegantes— pasaron a incorporarse al cuadro como elementos de un decorado cuya belleza parecía depender de cierta persistencia de los elementos en su lugar.

La otra mujer —la que había hablado primero— parecía no haber usado su voz en mucho tiempo o haberla estado usando ininterrumpidamente en un diálogo consigo misma, porque había hablado con un tono que parecía ejercitado en otro lugar, al modo que suelen usar algunas personas cuando se despiertan y, sin transición comienzan a hablar como si continuaran hablando y no mediara diferencia entre la voz que usaban en el sueño y la que están usando en la vida despierta.

Una explicación de esta naturaleza hubiera podido ser brindada por la señora Harven acerca

del modo en que la muchacha le había hablado. La dama, extremadamente perspicaz, solía describir algunas nociones de un modo tan particular que muchos de los que la trataron confesaron sentirse intimidados por su tono de "paradoja seca", como alguna vez había escuchado Constancia en una fiesta dada por el matrimonio Harven, de parte de alguien que sabía que la señora no estaba cerca. Dicho observador no había reparado en esa presencia y, lo más importante, jamás supo el efecto que sus palabras tuvieron sobre el corazón tierno y abnegado de la acompañante de la señora, como había dado en llamarla la vieja cocinera de los Harven, muerta hacía unos años, para tristeza de Constancia que se había acostumbrado a dolerse de cada cosa que ocurría en aquella casa de un modo que parecía indicar que ella hubiera podido evitar toda desgracia con sólo poner un poco más de buena voluntad. La repentina muerte de Sir Harven amenazaba con hacer recrudecer su gesto, y Catherine, con su respuesta cortante, parecía haber dado por terminada la escuetísima conversación. Porque después de pronunciar sus palabras con una voz templada —que alguien que no estuviera en conocimiento del momento que atravesaba hubiera calificado de alegre—, volvió a recostarse suavemente en la mecedora, cerrando los ojos, gesto que obligó a Constancia a abandonar el jardín.

Catherine había estado casada por más de veinte años con Sir Henry Harven, un devoto estudioso de literatura inglesa que, con una considerable

fortuna propia, había recalado en Buenos Aires invitado por los socios locales de un club privado que el caballero había fundado en Londres con otros jóvenes. Pese a lo que cualquiera de sus compatriotas en la Argentina hubiera previsto, Sir Harven vino por un mes y se quedó para siempre. Quienes lo trataron podían asegurar que Sir Harven nunca había terminado de entender este país, hecho que no sólo no le impidió quedarse sino que hasta pareció siempre estimularlo.

Cuando llegó, lo hizo acompañado de su delicada esposa, para sorpresa de la comunidad de allegados, que no esperaban de una mujer visiblemente frágil, con permanente expresión de perplejidad en sus ojos azules, una firmeza de carácter como la que vieron desplegarse casi de inmediato. Si a esto le agregamos que Catherine tenía entonces veinte años, resulta comprensible que quienes la trataban ponderaran su consistencia. Nadie pudo saber jamás si Catherine fue participada de la decisión de instalarse en Buenos Aires, pero, como la mayoría supuso que la idea había sido de Sir Harven, habían juntado voluntades para apenarse por aquella jovencita que, recién casada, había sido prácticamente arrancada de todo lo que le era familiar. Fue cuando Catherine empezó a sorprender a todos, mostrándose serena, afable y nada nostálgica de su lejano país. Excelente y tenaz secretaria de su marido, aprendió con él a leer y a escribir en español para ayudarlo en su trabajo —la modesta y retaceada obra que Sir Harven alcanzó a publicar estaba escrita en castellano—, y gozó del don de la ubicuidad perfecta. Se comportó siempre de un modo tan preciso que a nadie se le hubiera ocurrido pensar que a ella le

estaba deparado otro destino que aquél. Esto, tal vez, porque Catherine era del tipo de personas a quienes parecía no atraer la imaginería de calcular cómo hubiera sido su vida si algunas circunstancias hubiesen sido diferentes, lo que la incluía en el grupo de las mujeres poco fantasiosas, hecho que, por sí mismo, constituía una excepción al género.

Pero esta mujer, a quien nunca se había visto flaquear —ni siquiera cuando su único tardío hijo, un niño hosco y enfermizo, prefirió quedarse en Inglaterra con su abuelo (en ocasión de una corta visita del matrimonio a Londres), hecho que produjo en los que rodeaban a los Harven una mezcla de intriga y espanto que ellos disiparon sin intención y sólo a base de una reserva que desalentó la curiosidad (al menos pública)—; esta mujer, que nunca se sintió excepcional en ningún sentido, acababa de sufrir un golpe del que los pocos conocidos (la reserva de los Harven había terminado por transformar a los amigos en conocidos y a los conocidos en extraños) esperaban efectos devastadores. Tal vez nunca habían terminado de creer en la fortaleza de Catherine y se habían permitido suponer que la clave de la fuerza que emanaba de ella estaba en su actuación a dúo.

Ajena a elucubraciones que no fueran las propias, Catherine repasaba ahora, con los ojos entornados, lo que ella misma consideraba "toda una vida", con la vaga sensación de que —aunque se tratara de algo extravagante— su propia vida era de todas maneras más que toda una vida y que todavía había algo que ella podría hacer; algo así como "empezar de nuevo". Reclinada en su reposera, ella era la primera en sorprenderse de tales pensamien-

tos y hasta llegó a repetirse que su marido estaba terminantemente muerto, temerosa de que la pérdida la estuviera afectando más de lo que ella misma podía llegar a reconocer.

En esas circunstancias había tenido lugar el diálogo del comienzo, cuando la señorita Constancia le había preguntado qué iba a hacer con una casa tan grande ella sola y Catherine había contestado que la ocuparía más.

Los Harven habían tenido siempre pocos sirvientes —ahora conservaban de manera permanente sólo una mucama— y si no incluimos en la servidumbre a Constancia Lehman, es porque desde el momento en que veinte años atrás había llegado a la casa como empleada para cuidar a aquel niño —que pocos meses después había "prácticamente desaparecido" como decían los allegados a los Harven en el tiempo en que todavía trataban de averiguar más sobre la historia—, pasó a formar parte de la familia. Catherine llegó a manifestar, en algún momento, que, a su manera, Constancia era como una hija. De imposible niñera, Constancia, dueña de una medianísima instrucción (que los Harven elevaron bastante), había pasado a ser una especie de secretaria y acompañante de Catherine sin que por eso desdeñara desempeñar ninguna tarea, sea ésta de la índole que fuera, tal vez porque la muchacha, en un recóndito lugar de sí, conservaba la convicción de que no era más que una criada de categoría, cuestión que —de ser efectivamente así— tampoco se manifestaba en ningún rasgo en particular, si exceptuamos una devoción encomiable por los Harven, más propia de una criada que de una hija.

En su juventud había sido bastante bonita y ahora, cercana a los cuarenta años, conservaba una cierta belleza algo empañada por la monotonía de sus facciones y una piel rústica que hablaba de sus largos años de vida al aire libre, en el campo, en una colonia de la provincia de Santa Fe a la que habían llegado sus abuelos inmigrantes y de la que ella había querido salir apenas cumplidos los quince años. La muerte de Sir Harven parecía haber dejado a la acompañante en un estado irremisible de perplejidad. Al tiempo que imaginaba catástrofes a las que no conseguía dotar de un contenido completo, crecía su incapacidad de reacción frente a la fantasía de un futuro incierto e inesperado. Tal vez por eso, tan pronto se apresuraba con extrema diligencia para hacer alguna cosa, moviéndose de un modo casi frenético, o se quedaba súbitamente inmovilizada en algún lugar de la casa como quien no sabe para qué lado debe seguir su camino.

Algo así había ocurrido esa mañana, en el jardín, antes de que Constancia hiciera la pregunta que la atormentaba desde la muerte de Sir Harven.

Para mayor desánimo de Catherine, la figura de la muchacha había quedado inmovilizada en la puerta que comunicaba la sala con el jardín y parecía estar fijada allí, por lo que su figura un poco maciza se había amarronado más que nunca, lo que no es poco decir para una persona en la que todo era marrón: los ojos, el pelo, y hasta la piel (tal vez sus pecas contribuían a crear esa impresión). Catherine, ensimismada en sus pensamientos, se había sobresaltado cuando, al levantar la vista, la vio allí parada, sin poder moverse, y pensó que el sonambulismo macizo y amarronado de Constancia comenzaba a resultar alarmante y que no era

ese el momento —aunque ninguno lo hubiera sido, en verdad—, no eran esas las circunstancias —se había dicho Catherine— para que Constancia se volviera loca. Ése fue el momento en que la dama se había acercado a la masa sonámbula con la intención de ponerla en movimiento otra vez y, ciertamente, pudimos comprobar que bastó que la figura aún grácil de Catherine se irguiera enérgicamente al tiempo que avanzaba hacia la probable trastornada con el brazo extendido, como invitándola a entrar, para que Constancia mostrara que, al menos por ahora, no estaba loca sino estupefacta y atolondrada, cosa que demostró dócilmente al comenzar a hablar. Fue ahí cuando preguntó a Catherine qué haría con la casa y ésta le contestó —y ahí pareció ella la sonámbula— que la seguiría ocupando y que se movería más.

Al quedar sola otra vez, Catherine pensó que, tal vez, todo lo que se había sorprendido pensando hasta allí no fuera más que una extraña inversión de causa-efecto. Porque la respuesta, efectivamente mecánica, que le terminaba de dar a Constancia —una respuesta improvisada para tranquilizarla— había resultado ser una confirmación de que algo raro le estaba pasando, como si un mecanismo que ella no manejaba la estuviera colocando siempre un paso más adelante de sus reflexiones, al tiempo que la mostraba decidiendo cosas que se anticipaban a una respuesta a la cual hubiera querido llegar por vías menos mecánicas. Catherine —débilmente inglesa y corrompida por una lógica que sitúa el acto después del pensamiento— experimentaba la sensación de que lo que hacía y decía era la causa de sus pensamientos y no su consecuencia, hecho que para ella era completamente novedoso.

—¿Quedarme en esta casa pero moviéndome más? —se decía la dama tratando de volver el mecanismo a su funcionamiento habitual. Si lo había decidido así tenía que tener un fundamento, y si aún no lo tenía debía buscarlo, porque ella no era ninguna precipitada (la sola palabra la espantaba) y prefería pensar que el dolor de la pérdida había formado una especie de velo que le ocultaba los movimientos de un pensamiento deductivo, claro y preciso, acorde con su naturaleza mesurada y práctica. Así como opinaba que Constancia no podía volverse loca, estaba convencida de que ella no podía empezar a actuar como una caprichosa.

Fuera como fuera que la dama volvía del derecho y del revés su situación —la respuesta dada a Constancia había terminado de sobresaltarla— se aferraba a su carácter positivo, miraba las rosas del jardín, respiraba con fuerza el aire templado de la primavera que empezaba y sentía que su espíritu se sedaba pausadamente. Así se fue quedando dormida al ritmo de la paz de la tarde. No tardó mucho en despertar y lo primero que recordó fueron las palabras dichas a Constancia. Era el tipo de personas para quienes las palabras adquieren un estatuto contractual que las obliga a responsabilizarse de un modo extremo de todo lo que dicen. Catherine era una mujer que se jactaba de no desdecirse jamás ni haber retrocedido nunca después de haber tomado una decisión. Todos estos rasgos de su carácter hacían más comprensible el hecho de que la dama se desesperara por encontrarle un contenido a la promesa hecha a Constancia, mortificándose por tratar de averiguar qué había querido decir ella cuando hizo su declaración de principios en cuanto a su misión para con

la casa. Como se ve, el sueño había sido un descanso fugaz del que había salido con la misma preocupación con que entró.

A lo largo de los días que comenzaron a sucederse después de su propósito, Catherine no abandonó la preocupación por dotarlo de un significado completo, incluso comenzó a manifestar algunos síntomas que alarmaron a Constancia. Decía sentir una sensación *acá* (y se tocaba el pecho) y sus ojos —éstas eran ideas de Constancia— parecían estar siempre en estado de vigilancia y alerta.

Cuando la sensación "acá" le sobrevenía, Catherine sentía que empezar una nueva vida estaba relacionado, de algún modo, con moverse más para ocupar la casa. Sin embargo, no encontraba ningún camino que uniera ambas proposiciones. La dama, que no era una filósofa analítica, buscaba una suerte de conexión inmediata y fulgurante que le mostrara el camino a seguir. Pero las iluminaciones que tantas otras veces aparecían en la mente de Catherine repentina y oportunamente no llegaban esta vez. Por lo que se veía obligada a interrogarse nuevamente. "¿Cómo ocupar más la casa?" se decía. Y cuando trataba de darse una respuesta comprendía que no había incluido "empezar una nueva vida" y volvía a llegar a la conclusión de que se trataba de la misma pregunta que se obstinaba en aparecer por separado.

Por ejemplo, una tarde muy soleada, una tarde brillante que para la dama resultaba más conminatoria que las demás (el sol ejercía sobre su

espíritu el deseo de triunfar ella misma sobre cualquier tiniebla, en absoluta consecuencia con un espíritu poco dado a lo lúgubre), una tarde perfectamente acorde con su carácter, se le ocurrió adoptar un niño. Le pareció que al fin había llegado a la solución, y que el hecho sería una buena cosa para muchos (lo que para Catherine no dejaba de ser importante), y que resolvería el problema de ver la casa más ocupada. Pero, aparte de algunos inconvenientes legales que previó, se abría paso la sensación de que, bien o mal, ella ya había tenido un hijo, y de que la situación le resultaría extremadamente familiar. Por tanto no daba respuesta a aquello de empezar una nueva vida. A esa sensación vino a sumarse la idea de que Constancia se sentiría defraudada y de que no estaría cumpliendo con su palabra. En realidad, la que se sentía defraudada con la idea era ella, sólo que le llevó un rato reconocerlo, el tiempo suficiente como para volver a sentirse embargada por lo que había dado en llamar "estado de extravagancia".

Pasó un mes, en el que Constancia retomó el ritmo habitual de sus tareas (era irremediablemente cuerda, como se ve), trajinando la casa como si nada hubiera sobrevivido de su sonambulismo inicial y atendiendo todos los trámites ligados a la muerte súbita de Sir Harven, en lugar de Catherine que parecía haberse desentendido de todo. Se hubiera podido afirmar que, en verdad, era Constancia la que parecía resuelta a moverse más, hecho que contrastaba con la quietud de Catherine que se pasaba las horas sentada en su mecedora, mirando el jardín, dormitando y hablando consigo misma. Se percibía en ella una estupefacción similar a la que padeciera Constancia los primeros días,

sólo que la dama ofrecía otra versión del sonambulismo. Una acechanza de lo intermitente era el rasgo predominante de sus gestos esmerados y furtivos. Es decir que la enfermedad no *era* plenamente en ella como lo había sido en Constancia. Era un estado al que parecía no terminar nunca de llegar o del que siempre estaba saliendo. Respondía con sorpresa a cualquier observación y resultaba penoso el esfuerzo que hacía para salir de sus sueños cada vez que Constancia intentaba con psicología basta obtener una opinión suya sobre la salud del rosal o la necesidad de mejorar algunos aspectos de la casa, o las cuentas de mes. Esta vez —aunque de otro modo— era Constancia la preocupada.

Aunque ella no hubiera logrado formularlo con la precisión con que Catherine había hecho oportunamente su diagnóstico, Constancia tenía una remota teoría sobre los ricos, que en uno de sus postulados proponía la noción de que las clases más ociosas no son irremediablemente sanas (como se ve, Constancia nunca había puesto en duda su salud), ni irremediablemente fuertes. Los veinte años al servicio de los Harven le habían proporcionado la posibilidad de engendrar su teoría, y ampliar sus efectos. En el fondo, Constancia no había entendido del todo las veladas de lectura o las distracciones como el piano. Y es forzoso reconocer que los Harven eran ligeramente anticuados y Constancia no, por lo cual el carácter romántico que al principio le otorgara a esas veladas, producto de sus quince años y de la perplejidad campesina, fue dejando lugar, con el correr del tiempo, a una sensación que jamás hubiera podido definir pero que solía expresar en frases solemnes al estilo

de "los señores son gente *muy* especial". En realidad, la modernidad de Constancia no pasaba de una cierta preferencia por la música de moda antes que por los conciertos de cámara y por la televisión antes que por los libros. Por lo demás y pese a su convicción de que ella era irremediablemente sana, la etérea enfermedad de los ricos se había filtrado en ella como ocurre con el avance lento e inexorable de las arrugas en un rostro, y ahora, a los treinta y cinco años, ella misma no sabía que tenía cierto aire de esa anomalía. El primer rasgo que había adoptado de su patrona era un ajustadísimo sentido de la moral y las buenas costumbres que, sin embargo, no habían contribuido a que lograra un matrimonio. Durante muchos años, ésa fue la principal preocupación de Catherine que practicó sus buenos oficios en vano, porque la otrora lozana jovencita había ido rechazando sistemáticamente a cada uno de los escasos pretendientes. Tal vez, Constancia nunca llegó a darse cuenta de que lo que quería era, en realidad, un caballero como Sir Harven, pero lo que resulta irrefutable es que ninguno de los aspirantes le resultó lo suficientemente adecuado como para decidir que estaba frente al hombre con quien podría tener lo que ella llamaba un matrimonio y que no significaba otra cosa que el matrimonio Harven (como opinó la práctica Sra. Estévez, la cocinera).

Tal vez por ser Constancia una muchacha pobre impregnada del aire de los ricos, en aquella tarde de sol invernal, sentadas ambas mujeres en la gran sala, frente al ventanal que daba al parque, las dos

parecían viudas de alguien, y hasta las diferencias sociales quedaban anuladas en el tintineo melancólico del servicio de té. Entre el ruidito laborioso de alguna de las dos cucharitas, el roce etéreo de las rosas jugando con los pétalos primorosamente pintados en las tazas panzonas que cada tanto quedaban suspendidas en el aire (cosa que ocurría cada vez que Mrs. Harven se quedaba absorta mirando la ventana del jardín y Constancia se quedaba absorta mirándola a ella), la tarde se deslizaba plácidamente. Alguien que mirara la escena con detenimiento, podría llegar a sospechar que aquellas mujeres estaban actuando un cuadro misterioso pero cuyo misterio radicaba, precisamente, en que ellas no sabían que allí hubiera uno. ¿Pero es que en realidad lo había? —hubieran podido decirse las dos damas si el observador se hubiera atrevido a preguntar. Las damas no hubieran podido decir nada, pero tampoco hubieran sabido explicar por qué no sacaban la vista de aquel ventanal al tiempo que con ajustados movimientos tomaban el té y probaban los *scones* con queso y el pan de jengibre en actitud simulativa, como quien sabiendo que está siendo mirado cumpliera con mostrar que, efectivamente, ésa era una escena de té y ninguna otra cosa. Ellas mismas, sin deliberación, ayudaban a aumentar la sospecha por el exceso de verosimilitud que emanaba de cada uno de sus gestos. Lo mecánico de sus movimientos tan exactamente iguales a los de tomar el té eran excesivamente completos, como si cada una fuera siguiendo la marcha con temor de equivocar algún compás, por lo que un espectador hubiera quedado suspendido de la escena como si él también tuviese una taza en la mano y formara

parte de aquel rito, al tiempo que una fuerza irresistible lo obligaría a dirigir su mirada al ventanal.

Pese a todos los temores de Constancia, Catherine Harven seguía siendo la dueña de la situación. Rompió el involuntario ritual descorriendo muy lentamente la cortina de vainillas transparentes y, luego de mirar el jardín, de un lado a otro, irguiendo su cabeza en dirección a la puerta de entrada, clavó sus ojos azules algo desvaídos en los ojos moteados de Constancia y, como si toda la tarde la muchacha hubiera estado poniendo en sus manos un problema y de su respuesta dependiera algo más que lo que el mismo problema podría plantearle a alguien que no fuera ella, se levantó de un salto y dijo:

—Voy a poner la casa en venta. Es la única resolución a que he podido llegar.

Constancia se quedó mirando cómo la señora había vuelto otra vez los ojos al jardín, y sus pecas se entraron y, como si ella lo sintiera —o algo en su mecanismo interno lo indicara—, sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡La señora al fin estaba cuerda! Para el realismo romántico latente en Constancia, no había sido lógico que la señora estuviera tan tranquila al principio y tan ensimismada después; en cambio ahora —y eso era lo que Constancia estaba llamando lógico— la señora al fin había comprendido cabalmente su situación y estaba dispuesta a irse de esa casa enorme que le recordaría siempre la figura del marido muerto. Pero era Constancia la que no estaba dispuesta a parar ahí y ya estaba llorando por el dolor que sentiría al abandonar la casa. Con indisimulada satisfacción —tener razón constituye una satisfacción

irremplazable para ciertos espíritus— comprobó que todo volvía al principio, cuando ella preguntó a Catherine qué haría con la casa y recibió la respuesta que fue el comienzo de sus preocupaciones. —¡Pobre señora! —se decía ahora Constancia— ¡Moverse más! ¡A su edad y después de tanta desgracia!—. Constancia —que ya estaba divagando en el futuro, arrojada en los pensamientos más tristes y funestos— se quedó como atontada cuando la señora volvió la vista otra vez y con una sonrisa en la que Constancia creyó advertir algo burlón y divertido —pese a que este calificativo ni alcanzó a pasar de su subconsciente— repitió acariciándole la cabeza con ternura: —Todo va a cambiar también para ti, hija, ya no vamos a pasarnos la tarde esperando que alguien llegue. Alguien llegará seguramente. Mucha gente tiene interés en este viejo y confortable caserón. Ya verás cómo ocuparán la casa y cuánto deberás moverte también tú.

Esa noche Constancia no durmió más tranquila que los días anteriores. Soñó que estaba sirviendo el té en la sala a una multitud de visitantes que no sacaban sus ojos de la señora, a quien se le había dado por reírse con una carcajada sonora e ininterrumpida. De repente el ventanal se abría y la cara de Sir Henry Harven se recortaba furibunda en el enorme marco. Nadie la veía, salvo Constancia, que corría para avisar a todos que el señor estaba de regreso. Cuando despertó, lo único que recordaba era la risa de Catherine. Había olvidado todo lo demás, por lo que a partir de ese momento arrastraría un recuerdo incorrecto. Recordaría luego que Catherine se rió con una "carcajada ininterrumpida" la tarde en que le anunció que pondría

en venta la casa. Estos malentendidos tan caros a la memoria y que tanto disgusto como placer causan a los mortales pusieron una nota de pesar en el corazón de Constancia, que ahora creía tener una vaga idea de que la señora quería librarse de la casa tanto como de la memoria del señor, cosa que no terminaba de gustarle. El fondo de su romántico corazón le hacía preferir toda una vida de melancólico homenaje al recuerdo de Sir Harven que un desatinado intento por olvidarlo. Pero había comenzado a manifestarse en su espíritu algo peor. Pese a que Constancia nunca creyó tener preferencias, en los últimos días había tenido que admitir que, sin el señor, ella quería un poco menos a la señora, sentimiento que no la complacía en lo más mínimo. Constancia —que nunca tuvo la menor pizca de hipocresía— sirvió el desayuno esa mañana con la cabeza baja y respondió a las preguntas con evasivas que no la obligaran a entrar en una charla prolongada. Como para su rústica moral de la sinceridad ese regateo de su persona era ya una muestra de hipocresía, decidió que al día siguiente hablaría con la señora y le diría que se marchaba. Sería ocioso describir el sentimiento de temor que se infrigió a sí misma con esta decisión. Simplemente, fue una noche de memorable desesperación. Mientras tanto, Catherine, completamente ajena a las preocupaciones de Constancia, había entrado en una actividad febril. A la mañana siguiente comenzó a hacer consultas sobre bienes raíces, por lo que Constancia pensó que lo de la venta era serio e inminente. Constancia le daba una importancia fundamental a la intervención de terceros en aquella cuestión y como no tenía ninguna duda de la eficacia de una inmobiliaria (esa

palabra no había aparecido nunca en su camino y tal vez por eso el efecto era mayor), tampoco tuvo dudas de que, en poco tiempo, la señora vendería la casa. —Yo no estaré aquí para verlo, se decía cada vez que creía entender que las negociaciones estaban a punto de concretarse. Y cada lamento debilitaba la fuerza de su decisión.

Catherine —inopinadamente— terminó rehusando todo trato con las casas de bienes raíces. En su lugar, decidió colocar un aviso en el diario para el domingo próximo. Le resultó gratificante aquello de "trato directo con los dueños"; más aún, operaba sobre ella un efecto estimulante que le hizo pensar que ahora sólo bastaba con sentarse a esperar a los interesados. Con razón o sin ella, Catherine pensaba que iba a haber muchos. Constancia, mientras tanto, seguía en la casa. Al principio no se atrevió a hablar, y después prefirió no hacerlo. Catherine no pareció saber nunca ni una cosa ni la otra, aunque Constancia, que no era tan sensible como obstinada, creyó percibir en aquellos días un cambio de trato. Catherine tampoco pareció enterarse de esto. Ella contaba con Constancia y jamás se le hubiera ocurrido pensar que, si ella tenía planes, Constancia pudiera actuar en contra de sus intereses. Y cuando Catherine pensaba en sus intereses no se le ocurría poner en duda que Constancia tuviera otros. Después de los fallidos intentos matrimoniales, Catherine sintió que todo lo que de bueno o malo le pasara a Constancia dependía de ella. El sentimiento incluía la idea de que la criada iba siempre en su misma dirección, lo que explica por qué Catherine no reparó en los sentimientos contrariados de Constancia y muestra a las claras que si hubo un

cambio de trato los motivos no fueron los que la acompañante había estado imaginando.

El primer domingo en que debían aparecer los supuestos interesados, Catherine —que había aclarado en el aviso que el horario era de tres a seis de la tarde— mostró una preocupación especial por el servicio de té. Ordenó a Constancia que dispusiera aquel que había heredado de su madre y se pasó el día retocando su sencillo arreglo. Constancia, amedrentada por la posible presencia de extraños, había ejecutado todas las órdenes sin errores, y las consecuencias de su trabajo estaban a la vista: sobre la bandeja de plata se recortaban las siluetas de las piezas del servicio de té, y, a su alrededor, sobre la mesa de la cocina, empezaban a alinearse los platos con galletas de miel, las canastillas con trozos de tarta de ciruela. Eran las dos de la tarde y la muchacha, aunque satisfecha con su labor, no podía ocultarse una inquietud que las idas y venidas de la señora contribuían a alimentar. Un observador recién llegado a la escena hubiera podido ver a Constancia rígida, encorsetada en su falda recta y en su camisa rematada por un moño, como un sargento de artillería custodiando la tropa del servicio de té. Escaleras arriba, no hubiera podido menos que demorarse en el rostro de Catherine clavado en el enorme óvalo del espejo del cuarto. Era un rostro en el que la serenidad transparente de los ojos apenas tocados con sombra azul parecía escrutar en el espejo la señal de alguna cosa que la dama misma desconocía, porque estaban demasiado perdidos en el espejo y demasiado inmóviles, también.

Constancia sólo abandonaba el cuidado de su ejército para ir a ver si Catherine seguía sentada

frente al espejo; y Catherine sólo abandonaba el espejo para certificar que Constancia seguía a cargo del batallón. Ninguna de las dos quería mostrar la observancia ejercida, por lo que ambas habían tenido que ajustar los movimientos para no estarse chocando en el camino de una hacia la otra.

La señora no había querido almorzar —tomó un caldo liviano—, y tampoco daba muestras de querer tomar el té, pese a que eran ya casi las cinco. Constancia —que se había pasado el día controlando la actividad en la cocina— comenzaba a dar muestras de cansancio. No abandonaba el servicio, pero se la veía menos alerta, aliviada tal vez por la ausencia de visitantes, y esperando el momento en que la señora ordenara el té para las dos. Catherine debía haber estado a punto de hacerlo, cuando el ladrido de los perros anticipó el sonido del timbre de la puerta de calle. Por un momento, la casa quedó paralizada y sumida en el silencio porque hacía tanto tiempo que las dos mujeres estaban en su posición que pareció que ninguna iba a moverse. Fue un momento pleno y compacto, un instante perfecto para resumir la expectación. Fue la espera en estado puro.

—Constancia, que pasen a la sala —ordenó la voz bien templada de Catherine que bajó por la escalera mucho antes de que su dueña lo hiciera. Catherine se había tomado un largo tiempo para esta vez sí mirarse en el espejo, echarse sobre los hombros un chal de lana fina y cerrar la puerta del cuarto con particular dedicación, como si sintiera necesidad de aclarar que, por ahora, ése todavía era su cuarto y que nadie tendría derecho a entrar allí hasta que la operación se concretara. Constancia, que se había asomado al recibidor para ver si

la señora bajaba, se asombró de apreciar la placidez con que la dama descendía por la escalera. No pudo evitarlo, pero volvió a abrigar aquellos pensamientos. Su idea globalmente pareja de un matrimonio estaba sufriendo heridas que, por supuesto, sólo su imaginación le infrigía. En realidad había algo más: el joven que esperaba en la sala había sido excesivamente amable con ella, cosa que, lejos de tranquilizarla, había ayudado a acunar lo que ella misma ahora calificaba de malos pensamientos. El joven señor había usado un trato que le resultó demasiado familiar, considerando que se trataba de un perfecto desconocido. Constancia no hubiera podido asegurar que el trato del joven fuese efectivamente familiar, pero su temor de que la casa terminara siendo familiar para aquel desconocido le había hecho percibir en la sonrisa confiada del caballero la anticipación victoriosa de que se saldría con la suya y que, sin demasiado regateo, obtendría el botín. Así era como en su imaginación aparecía no sólo la casa, sino el recuerdo del señor y algo que había agregado a último momento: el afecto de la señora.

Enmarañada en sus negros presagios, Constancia finalmente fue reconvenida por la señora que le pidió que acomodara su falda y que pusiera mejor cara. Mientras le decía esto, la muchacha —que no conseguía detener el movimiento de su imaginación— se ensombrecía de un modo lamentable y Catherine encontraba que aquella figura pajiza y moteada espantaría a cualquier comprador por interesado que estuviera. Pocas veces había tenido que usar el tono que usó esa tarde, cuando levantando con suavidad el mentón de la criada, le pidió que irguiera la cabeza, al tiempo que, con una voz

que luego Constancia recordaría como amenazante, le dijo: —No puedo pedirte que estés contenta, hija. Pero no voy a permitirte que creas que hay alguien que extraña al señor más que yo—. Constancia estuvo a punto de recordar el sueño y pareció que estaba por decir que ella lo extrañaba más porque por algo era a ella a quien se mostraba, pero no recordó nada y se limitó a cumplir órdenes al tiempo que recuperaba la confianza en la señora y se sentía casi contenta, aunque nadie pueda ordenar ese sentimiento a otro.

Catherine entró a la sala con paso resuelto. Llevaba un vestido de seda natural, que confirmaba hasta qué punto puede tornarse exótico, hoy día, un estilo clásico. De espaldas, frente al ventanal, se perfilaba una figura que rápidamente la dama reconoció como la de un hombre joven y elegante. Además apuesto —agregó Catherine no menos rápidamente—, cuando la figura se volvió hacia ella que —no hubiera podido decir por qué— había hecho su entrada con sigilo como esperando que el visitante le diera tiempo para que ella lo observara sin ser vista. Y el joven, contrariando sus inconscientes deseos, le había dado muy poco tiempo. Aunque Catherine no había tenido ella misma tiempo de pensar todo lo anterior se las había ingeniado para sintetizarlo en el sentimiento de contrariedad de que había sido objeto. Apenas el joven se dio vuelta ella se había visto obligada a retroceder como sorprendida *in fraganti*, sensación que resulta molesta para cualquiera, y mucho más en la propia casa. En todo caso, pensó Catherine, me estoy comportando como una tonta. Tengo que ser muy clara al respecto, los extraños son ellos y en esa medida no es del todo ilógico que

yo necesite espiarlos, el interés está de su parte y es ridículo que me tome la molestia de disimular. En todo caso —continuó— yo puedo exponer mis intereses de una manera franca. Como Catherine era una mujer práctica llegó a la conclusión de que de haber en aquella operación la necesidad de incluir un espía, no era ella a quien le tocaba el papel. Aunque Catherine ignoraba las aprehensiones de su acompañante, en el fondo de su mente se abría paso la vaga noción de que Constancia iba a dificultar la operación, noción que resultaba completamente incompatible con su decisión de vender la casa.

No sabemos si esta última iluminación alcanzó a ser consciente, porque en ese momento Catherine inició su diálogo con el desconocido:

Señor —dijo al tiempo que se encaminaba hacia el caballero y le entregaba su mano con delicadeza—. Espero que Constancia, la joven que lo recibió, no lo haya intimidado con alguna escena de las que suele albergar en su alma y cultivar en su espíritu fantasioso. Es una excelente muchacha que me acompaña desde hace muchos años y no voy a ser yo quien le niegue su deseo de ayudar en esta operación. Lo que resultaría estupendo si no fuera que no hay nada en lo que ella pueda decir o hacer —por ahora— que pudiera contener para mí alguna señal de que debería obrar de una manera u otra en cuanto a mi decisión. Este comentario —agregó Catherine mientras invitaba al joven a sentarse— sólo tiene por objeto borrar de usted toda noción complicada de las cosas que ocurren bajo mi techo. Después de todo, ésta podría llegar a ser su casa y algún día usted puede verse forzado a explicar esta índole de cosas a alguien. Por otra

parte, conozco demasiado a Constancia como para saber que lo debe haber recibido con cierta brusquedad que suele tomarla en los casos de emociones fuertes. Que yo vaya a vender esta casa —y esto Constancia no lo sabe ni podría entenderlo— obedece a algunas palabras imprudentes que pronuncié en momentos de dolor, y que han contribuido a llenar su cabeza de esperanzas con respecto a nuestro futuro. Debe usted saber que Constancia es la persona más allegada a mí y que debo cuidar de su equilibrio tanto como del mío. También de sus esperanzas.

Lamento entonces si no ha sido recibido con la amabilidad que yo hubiera deseado y que me gustaría ejercer a partir de ahora —dijo Catherine al tiempo que extendía su mano hacia el timbre, segundos después de lo cual entraba Constancia proveyendo al dúo de un excelente servicio de té que arrancó del joven un impulso de satisfacción que ni él mismo advirtió y produjo en Catherine una risa súbita que el joven no alcanzó a ver y que Constancia reconoció al momento.

Era la risa del sueño, que ahora era más parecida a la que tenía Catherine la tarde en que anunció que vendería la casa. Constancia no tenía posibilidades de contrastar esta risa con la del sueño, porque para ella era la misma. La posibilidad de que una y otra se le aparecieran alternativamente hubiera tal vez contribuido a destruir la formación del recuerdo incorrecto, lo que no es seguro, porque, cuando volvió a mirar, las risas aparecieron alternadamente, hecho que confundió del todo a Constancia que ahora pensaba que la señora tenía en el sueño una sonrisa como la que recordaba del no-sueño, por lo que aunque seguía sin recuperar

la escena completa del sueño— podía recordar que cuando dijo que iba a vender la casa la señora se reía, apenas, pero se reía. En otro lugar, quedaba la señora riéndose a carcajadas —ahora se había olvidado de esto— y en algún remoto sitio se alojaba la escena del regreso del señor, escena cuyos rescoldos tenían para la vida psíquica de Constancia manifestaciones de neto corte hermenéutico. Esas manifestaciones que actuaban en ella, habían conseguido dotar a Constancia de una cierta inadecuación en los movimientos que, aunque remotamente, recordaban el estado de sonambulismo inicial. Al menos, había una relación en cuanto a la manera de administrar esos movimientos. La muchacha se desplazaba como si fuera consciente que estaba bailando un ritmo del cual llevaba mal el compás, y esta comparación, que surgió en la mente del visitante desde que vio a Constancia por primera vez, hizo creer al caballero que contaba con una explicación que justificara la preocupación que Catherine le había manifestado en cuanto al futuro de su acompañante. Más crudamente, el joven había creído entender que Constancia era un poco anómala y que la dama temía no resultara conveniente —estando sola— compartir un enorme caserón con una persona cuyas facultades y posibilidades resultaban endebles.

De todas maneras, el joven no dejó traslucir ninguna de estas reflexiones y se limitó a sonreír a Constancia para poder volverse rápidamente hacia Catherine que lo tenía completamente fascinado con sus gestos esmerados y severos y su voz no menos dulce que enérgica.

En cuanto a los motivos por los que el señor Francisco Acevedo —tal era el nombre ilustre del joven en quien muchos podrán reconocer el parentesco con uno de nuestros grandes escritores— se encontraba allí, será suficiente que conozcamos los motivos que él mismo se había dado para comprar una casa tan grande. Hacía varios meses que rondaba por su cabeza la idea de fundar un *club*. No ignoraba las dificultades que le acarrearía querer revitalizar la costumbre de la tertulia, en un momento en que los hombres parecían haber abandonado el género por completo, ocupados en comidas de negocios, y no vacilaban en calificar de afeminado cualquier otro trato entre ellos. Tampoco ignoraba que aun en momentos más florecientes del género se conocieron tentativas de estrepitoso fracaso. Su abuelo materno —un inglés perfecto— solía referirse a una dama que había conocido en su juventud, diciendo "Poor Lady Brandon! she tried to found a salon and only succeeded opening a restaurant". El recuerdo le hacía fruncir el ceño burlonamente y lo usaba para cada oportunidad en que las pretensiones de alguien excedían sus posibilidades. La idea de que si su abuelo viviera habría encontrado la oportunidad precisa de decir "Poor my young friend!" había demorado su decisión, pese a que contaba con un grupo de amigos tan afectos como él a la empresa y con fortuna propia para distraer en remilgadas lides.

Considerando que el joven sentía un gran apego por las lecciones familiares —que le resultaban las mejores que había recibido— no es extraño que cuando esa tarde decidió ir a ver la casa que ofrecía el aviso, lo hiciera sin más expectativa que la de tantear sus propias posibilidades al respecto, lo

que, en este caso, lo obligaba a poner a prueba su capacidad para buscar un lugar adecuado y mostrarse firme y lúcido en sus decisiones. Su súbita valentía era una manera como cualquier otra de ponderar sus verdaderos recursos y, en rigor de verdad, el joven confiaba en no encontrar un lugar que lo satisficiera y poder seguir posponiendo su empresa, escudado en el irrefutable hecho de que no había un espacio apto para sus propósitos.

Por lo tanto, había llegado hasta allí esperando encontrar un decepcionante lugar con no menos decepcionantes ocupantes que lo obligarían a una conversación deprimente. Sin embargo, la casa le había gustado de inmediato, y hubo acontecimientos que lo hicieron sentirse prácticamente predestinado para comprarla. Cuando Constancia le dijo que la señora Harven iba a bajar enseguida, el caballero supo que ahora sí había encontrado un lugar acorde con sus planes. Su temperamento egotista, que lograba transformar cualquier azar en una coincidencia que lo implicaba, encontraba su gran oportunidad. Él había conocido a Sir Harven (creía incluso tener una deuda pendiente), y ahora se abría la posibilidad de volver a tomar contacto con él, a través de su viuda.

En cuanto Constancia se retiró —lo cual no dejaba de ser pura fórmula, porque Catherine conocía la manía que tenía su compañera de escuchar detrás de las puertas— la dama continuó hablando y, como si conociera las fantasías de su visitante, dijo: Señor, ésta es sencillamente una casa que está en venta, por lo que —y no pretendo ser brusca, pero sí completamente franca— no concibo que usted pueda manifestar por ella un interés que realmente no merece para otra persona

que no seamos el difunto señor Harven y yo. Por lo tanto me veo en el deber de informarle que no me mueve urgencia alguna y que estoy decidida a seguir disfrutando de esta casa hasta que el ofertante satisfaga determinadas condiciones. Seguramente usted no estaría acá si no confiara en que reúne las mínimas garantías indispensables para avalar su solvencia material y moral, constituyendo este último rasgo —y no estoy pensando que usted deba entenderlo— la base de cualquier trato entre nosotros. Pero debo agregar que hay otros elementos de juicio —comenzando por el sentido que le doy al término moral—, y que serán esos aspectos los que tendré en cuenta para tomar una decisión que no tengo interés en postergar pero tampoco deseo apresurar porque iría en sentido contrario de los motivos que me impulsan a desear que esta casa vuelva a ser ocupada en estado de plenitud. No quiero abusar de su amabilidad ni es mi intención someter a usted a un interrogatorio cuyos criterios de valor no estaría en condiciones de proporcionarle a menos que, en el término de esta primera conversación, usted renunciara a ocupar mi propiedad. Soy una persona que aborrece juzgar a las personas, y esto tal vez porque soy demasiado consciente de que la posibilidad de juzgar describe la medida de lo humano más que cualquier otra de nuestras capacidades. De todos modos, no me rehúso a ello en las situaciones críticas y, llegado a este punto, me veo en la obligación de aclararle que rápidamente usted podría oponerme el argumento de que toda situación es crítica, en tanto tal, y yo le aseguro que no me atrevería a desmentir a quien sostuviera que podemos hablar de situaciones no-críticas sólo porque son críticas las que en

verdad existen. Pero, si tal interlocutor me lo dijera, yo le replicaría que, como todos, paso la vida creyendo en su íntima continuidad y suponiendo que hay circunstancias que la interrumpen. Disculpe la disgresión, pero mi temperamento suele resultar didáctico más allá de mi voluntad.

Los términos de nuestro trato serán entonces simples o complicados según el criterio que usted se haya formado después de saber que yo no tengo urgencias. No ignoro que su interpretación se apoyará en una urgencia suya que yo no conozco y que de nada valdría conocer ya que no tendría ninguna influencia en mi decisión. Si usted me dijera que necesita obtener esta propiedad mañana mismo yo no podría ni animar ni desestimar su oferta, ya que bien podría ocurrir que a mí me llevara sólo un día determinar si usted reúne todas las condiciones o, acaso, (acá Catherine se interrumpió como buscando con cuidado las palabras que iba a usar)... O acaso —prosiguió, sin un atisbo de titubeo— ¡no pueda cederla nunca!

No pretendo que usted me entienda aunque me sería amable que lo hiciera, lo que eliminaría de usted toda duda de que, siendo de las personas que buscan consentimiento o comedimiento ajeno, ocultan su vigilancia sobre el prójimo simulando descreer de la comprensión. No me gustaría negarme a la ayuda de los demás, si esa ayuda aparece en mi camino.

—Señora —replicó el joven, completamente instalado en el estilo de Catherine—, si me permite beneficiarme de las consecuencias de su necesariamente ambigua idea de lo que significan palabras tan ingratas como comprensión y ayuda, palabras que desde tiempo inmemorial han con-

movido y avergonzado a los hombres dignos, le diré (acá el joven se interrumpió como si esperara que el beneficio fuera otorgado, y luego de intercambiar una mirada con Catherine continuó) le diré —repitió como si todavía no estuviera seguro de qué cosa acababa de beneficiarse— que interés y urgencia no son términos de fácil relación. A mí, por ejemplo, el interés me torna impaciente, lo que parecería guardar una relación directamente proporcional con el acrecentamiento de mi urgencia, sin embargo —y no quisiera que usted pensara que poso de desafortunado— la vida me ha mostrado que he estado siempre más interesado en aquellas cosas cuyas determinaciones se me escapan, lo que —y no es una paradoja— me ha tornado cuanto más interesado más paciente, por lo que la palabra urgencia reviste para mí un carácter complicado, ya que parece que la he reservado para apremios cotidianos con los que no quisiera abrumarla. Me siento honrado de que usted me haya recibido, —acá el caballero se detuvo un instante, como si hubiera pensado que si aquella casa estaba en venta cualquiera hubiera sido recibido como él, pero fue evidente que algo lo convenció de que Catherine no recibiría fácilmente a cualquiera. Si el caballero tenía cierta idea de que el destino favorece, no es extravagante suponer que algo de esto tiene que haber pensado—. Lo cierto —continuó— es que no está en mi ánimo influir sobre usted en ningún caso, suponiendo que yo creyera que usted es de las personas que se dejan influir, como se dice siempre a falta de una palabra más precisa. Pero no me retiraría satisfecho conmigo mismo (acá el joven pareció pensar que a Catherine no le agradaría que alguien quisiera estar satisfe-

cho consigo mismo y que lo consideraría señal de una autoestima desatinada, pero como era efectivamente vanidoso continuó), no me sentiría satisfecho —dijo entonces— si no me permite hacerle una pregunta antes de retirarme: ¿Puedo considerarme aspirante a esta casa? —continuó sin esperar el permiso que Catherine estaba a punto de concederle y aun con una premura que él mismo advirtió y que le hizo temer estar rompiendo las reglas que la dama había expuesto con franqueza.

En ese momento, Catherine tenía los ojos fijos en la ventana y recordaba la promesa hecha a Constancia al tiempo que la escuchaba toser detrás de la puerta, por lo que el joven, viéndola en esa posición tan quieta, creyó que algo andaba mal para él y entonces apareció lo único verdaderamente agradable de su rostro que era la ternura que inspira una sonrisa alegre cuando aparece en un rostro serio. Tan amable era esa sonrisa que Constancia, que nuevamente se las había ingeniado para pasar por la puerta entreabierta con fingida diligencia, estuvo a punto de ponerse a favor del caballero y aceptarlo en su corazón como el futuro ocupante de la casa. Pero la carcajada de Catherine en el sueño vino en su ayuda y su inquietud fue tal que empezó a toser de una manera incontrolable, tal como Catherine escuchaba. Constancia respiraba hondo, buscando calmarse, porque la señora había empezado a hablar y, en pleno acceso de tos, la pobre mujer hacía esfuerzos desesperados para comprender con claridad la respuesta que se le daría al caballero, respuesta que ella descontaba brusca e intimidatoria. Pero, al menos esta vez, Constancia se equivocaba desmesuradamente,

porque para su sorpresa, Catherine hablaba con un tono dulce y bajo que igualmente no le impedía escuchar con nitidez lo que decía:

—Señor, cualquier hombre honrado tiene derecho a presentarse aquí para realizar su oferta. Y es en ese sentido que no sería yo quien le negara su calidad de aspirante, convenido cierto grado de solvencia que creo que estoy en condiciones de valorar rápidamente. Pero para que no haya lugar a confusiones que podrían inducirlo a dudar de mi palabra, me veo en la necesidad —que espero comprenda sin sentir que se trata de una cuestión personal—, me veo en la obligación, entonces, de destacar que es usted un aspirante como cualquier otro, sin que hasta ahora haya nada que me permita decir a usted más de lo que le he dicho.

Casi de inmediato la señora la había llamado para que acompañara al caballero hasta la puerta y Constancia, absorta en retener las palabras que había escuchado, trató al joven más bruscamente que antes, lo que traería consecuencias importantes para la estrategia que él se fijaría de allí en adelante. Si esa mujer estaba dispuesta a entorpecer su relación con la señora Harven, habría que pensar algún modo para tenerla de su lado.

Esta última especulación no debe inducirnos a creer que cuando el visitante declaró a Catherine que no quería influir en su ánimo estuviera mintiendo, de hecho era una persona que solía estar convencida de lo que decía, pero, como es común al temperamento de los que buscan expresar una teoría del efecto, gustaba cambiar de opinión, y aun lo consideraba el rasgo más favorable de su carácter. La concisión de algunas de sus paradojas eran festejadas en la época con un entusiasmo en

el que el joven creía a ciegas, y no ser tirano de sus opiniones le resultaba la verdadera clave de su talento. Un talento definitivamente ligado al sentimentalismo viril de la literatura inglesa y a sus trapacerías. Así, amaba tanto los relatos de barcos y de caballos como las piezas en las que podía reconocer la sonrisa amarga del *wit*. Tenía, también, una vaga noción de que había en sus preferencias literarias un respeto firme hacia el pragmatismo que se le revelaba como una superficie límpida y remota a la que él jamás podría acceder. Además, era rico.

El aristocrático caballero se retiró aquella tarde de la casa Harven —como había comenzado a llamarla— víctima de una de las impresiones más profundas de que guardara memoria. Todo lo que había visto y oído, todo lo que había ocurrido en esa hora, lo confirmaba en su idea de que había pocas cosas de las que él gustara deliberadamente (con lo que creía expresar su estilo artístico de vida) y una de esas cosas (tal vez la única de la que él disfrutara en ese sentido) era el culto de la intimidad. El joven pensaba estas cosas como quien confiesa que tiene afición por el billar o el champagne, sólo que como siempre veía las cosas en sentido artístico, sus gustos resultaban, al menos, peculiares. No se vanagloriaba de ello pero, consecuente con ciertas lecturas, se había habituado a valorar la vida de los demás en directa proporción con la idea de intimidad que de ellos emanara. Su hábito no incluía la manía de juzgar, hecho que él mismo hubiera considerado reñido con su naturaleza. De hecho,

descontaba que todos creen tener lo que llaman un mundo y que seguramente no había por qué negar esta realidad, pero cuando él sentía la intimidad pensaba en la pureza de un secreto, en el carozo de la fruta. Pensaba, casi, en un botín.

Cuando, diez años atrás, Francisco Acevedo escuchó comentar a sus amigos que Sir Harven daba una conferencia en la Fundación Field, decidió ir, sin entusiasmo. Estaba prometido que Sir Harven disertaría sobre la obra del escritor Robert Stevenson y, como —excepción hecha de los niños que leían *La isla del tesoro* en colecciones ad hoc— nadie más se ocupaba del autor, él no tenía demasiadas oportunidades de compartir su infantil preferencia. De todos modos, algo desconfiado de los críticos ingleses, esperaba encontrarse con una fatigosa y erudita conferencia. Sin embargo, como en esta vida los deseos se cumplen de manera misteriosa, se enfrentó a una experiencia que dejó hondas huellas en su espíritu y que, seguramente, había condicionado su impresión de la casa Harven.

De entrada había advertido que el conferencista era un hombre bastante *íntimo* (como vemos, usaba la categoría desde mucho tiempo atrás) y observó que ese rasgo estaba incluso produciendo mala impresión en las damas de la Fundación que asistían a las conferencias para cumplir con su agenda social y con sus maridos. En cambio él, en estado de suspenso religioso, observaba cómo se transfiguraban las facciones del caballero a medida que avanzaba en los relatos (había optado por contar las fábulas de Stevenson, sin detenerse en

datos biográficos ni en interpretaciones de academia). Daba la impresión de que cuanto más quería retomar un aire de conferencista algo distanciado de su materia de exposición, más encarnara él mismo el horror que se desprendía de las historias que contaba. Sir Henry, que había comenzado con absoluta serenidad, ahora se hallaba crispado, los ojos de un gris acerado parecían haberse quedado fijos en un punto del espacio y estaba como preso de esa fijeza, al tiempo que su voz se volvía cada vez más lúgubre y empantanada.

"Jamás consigo recordar el final de las historias de dobles" había terminado, con tono cavernoso, para agregar, de manera casi inaudible, "debe ser el temor de recordar quién consigue desalojar a quién, ¡para siempre!".

Cuando terminó (Francisco Acevedo hubiera podido jurar que dijo algo más que nadie alcanzó a escuchar), el joven, tan joven en aquel tiempo que ni él mismo lo sabía, se había acercado a Sir Harven, víctima de la impresión que le había producido el desquicio de aquel hombre (de algún modo tenía que llamarlo) y con la convicción de que sólo él había podido percibir la fuerza de aquella escena. Munido del pudor y del orgullo que le suscitaba el hecho de creer que Sir Harven había hablado sólo para él, y víctima de la timidez completa que se siente frente a los maestros, le espetó sin pensar:

—Señor, ¿habrá tenido Stevenson ese miedo?

La deficiencia de su pregunta rebotó en la respuesta arteramente obvia de Sir Harven:

—No sé quién podría saberlo, joven —había dicho Sir Harven irguiendo sus espesas cejas grises de manera tal que los ojos le quedaron suspen-

didos en la cara como si, habiéndose alejado de su turbulento marco de referencia, sólo se sostuvieran de una fuerza de gravedad propia, desprendidos de los gruesos pelos que hasta el momento los mantenían en su lugar.

Si el joven Acevedo hubiera sido un poco más desconfiado de su sagacidad —rasgo que aunque criticaba en los demás no conseguía criticar para sí— o, tal vez si no hubiera sido tan joven (hecho que le impedía disfrutar de la turbación que tanto se añora en la vejez), hubiera percibido la perplejidad de esa mirada, y aun la profunda piedad que una ráfaga oscura se encargaba de apagar y encender suavemente en el rostro del maestro. Hubiera podido darse cuenta, en fin, de que Sir Harven no podía responder a su pregunta, verdaderamente. O, mejor, que ya la había respondido, representando el miedo, en el tono más áspero que había podido obtener. Pero, temeroso de la brusquedad con que había lanzado su intervención y afectado por la posibilidad (contenida en la respuesta de Sir Harven) de que el caballero se sintiera apelado de un modo personal, (extremadamente desagradable entre dos extraños) creyó que debía volver rápidamente la situación a un tono adecuado, lo que para el caso significaba neutro e impersonal. Tiempo después, Francisco Acevedo pensaría que actuó así porque había advertido en la mirada de Sir Harven un pedido de ayuda efectivamente personal, una llamada sofocada por el cinismo y, al mismo tiempo, primitivamente infantil, una señal con la que, sea como fuera, él no había conseguido ponerse a tono. Con aire fatigado, Sir Harven le había estrechado la mano con energía, hecho que Acevedo aprovechó para intentar naturalizar el

tono de la conversación diciendo con afectada voz social:

—Disculpe mi intromisión. Seguramente usted está cansado de hablar de Stevenson y yo lo he obligado a continuar en ese mundo de tinieblas —había concluido el joven amigablemente.

—No elegimos entrar o salir de las tinieblas tan alegremente como usted parece creer, señor. En todo caso, como decía un viejo amigo, "en un mismo día podemos estar en el cielo y en el infierno". Una opinión, tal vez como cualquier otra, pero una que me ha dado siempre cierta —¡paz!—. Al llegar a este punto, Sir Harven había bajado las cejas con la misma energía con que las había izado, y ahora sus ojos volvían a quedar cubiertos, perdiendo en el acto su aire azorado y había reaparecido el rostro duro, equino y elegante, que delataba el cansancio que Francisco Acevedo confundiera con hosquedad.

Eso había sido todo. Sin embargo, en aquel encuentro fallido, Acevedo creyó encontrar la clave de su afición por la intimidad. No hubo desencuentro aquella tarde —se había dicho con el correr del tiempo—, Sir Harven intentó enseñarme a mentir, a hablar sólo de lo que no existe, a ser verdaderamente *artístico.*

Es probable que Sir Harven haya querido decirle aquel día exactamente eso, y aun podemos conceder crédito a la fantasía de que le dijera todo sólo a él. Incluso, es posible que, de no mediar circunstancias adversas y triviales, ambos caballeros hubieran sido amigos íntimos. Dar crédito a la sensibilidad escabrosa del señor Acevedo nos ayuda a imaginar el estado de ánimo que le había producido su encuentro con la Casa Harven; encuentro en el

que reconocía una señal (la coincidencia era un estímulo fuerte para su espíritu). Algo que él prefería no llamar azar había estado rigiendo todo esto, una especie de verosimilitud dispersa cuyas líneas todavía no podía juntar, pero que le estaban marcando un destino. Diez años después, se cumplía la lección del maestro. Él no había elegido volver allí; "no se entra y se sale tan alegremente, como usted cree, señor", recordaba ahora. Él había sido conducido hasta esa casa, llevado hasta allí por un llamado trivial y aparentemente insignificante. Un aviso cualquiera en un diario, la fantasía del club, no importaba ya de qué modo había vuelto a los Harven. Lo único que importaba era que había retornado y que, tras la gazmoñería de los panecillos y la perfecta frialdad de Catherine, él había podido reconocer un clima: el mismo que se creara el único día en que habló con Sir Harven.

En los tiempos que corren, seguramente el joven hubiera sido poco comprendido en esa pasión por lo íntimo. Tal vez, porque esta remanida noción de que el único placer que nos depara la vida moderna es la pasión de tener un secreto sea perfectamente decimonónica e inglesa. Tal vez porque la incomprensión está en la naturaleza misma de este modesto placer.

Como sea que interpretemos los hechos hasta aquí, el caso es que el señor Acevedo sentía que tenía que actuar rápidamente para demorar la compra de aquella casa. De algo estaba seguro: el clima dependía de Catherine, de la viuda del maestro que —se convenció rápidamente— ponderaría (no imaginaba de qué modo) el relato de su encuentro con Sir Harven. Él estaba preparado para recibir la señal que le revelara que Catherine había

comprendido (todavía no sabía qué tendría que comprender). Es fácil de ver que el joven no había modificado su juvenil carácter alborotado y que seguía confiando ciegamente en sus percepciones. Ajeno, como el buscador de perlas, a todo lo que no fuera el corazón mismo de la cuestión, se arrojaba en brazos del malentendido, lo que tal vez para el caso no resultó poco, como podremos comprobar.

Las últimas palabras que dijo antes de retirarse del enorme caserón deben haber anticipado lo que vendría después, ligando su vida con la de la Casa, de una manera que es posible que ni la misma Catherine hubiera podido imaginar:

—Señora —había dicho Acevedo con una sonrisa que había causado en Catherine un efecto enternecedor— si usted me aceptara como pretendiente a esta casa no me importaría esperar todo el tiempo que fuera necesario, ni aceptar cualquier condición que usted dispusiera. Quiero conservar la esperanza de ser el elegido para —tarde o temprano— convertirme en el único aspirante.

El suspiro con que Francisco Acevedo acompañó el final de su improvisado discurso —improvisación que justificaría un estilo tan romántico en un joven que creía no serlo— había provocado un nuevo acceso de tos en Constancia, que, en realidad, cuando acompañó al caballero hasta la puerta estaba tan atemorizada por el efecto del suspiro como por retener la secuencia completa del diálogo, hecho que superaba sus modestas fuerzas intelectuales, reducidas —por los nervios— a un hato de operaciones primarias, cosa que no la

convertía en una subnormal, pero que la dotaba de una suerte de primitivismo elocuente para almas librescas como las del caballero. Sin saberlo, Constancia venía a instalarse en el corazón mismo del enigma construido por el joven, hecho al que, desde otra perspectiva, contribuiría la dueña de casa.

Cuando el caballero se retiró, Catherine había llamado a Constancia y, aprovechando con magnanimidad la debilidad congénita de escuchar detrás de la puerta, le pidió que se quedara. Catherine estaba en el mismo sillón de aquella tarde en que ambas miraban la ventana y, solicitándole que se sentara a su lado (firmeza amatoria de la que Constancia había sido víctima en los momentos más cruciales de su vida, por ejemplo, cuando al año de estar en la casa la señora le dijo —tal vez en ese mismo sillón— que a partir de ese día la consideraba como la hija que nunca tuvo), tomó una de las manos de Constancia entre las suyas y, mirándola fijamente a los ojos mientras una aureola de honorabilidad se formaba alrededor de la escena, le dijo:

—Hija, debo decirte que he establecido una amable relación con el caballero que acaba de retirarse y —de confirmarse algunas conjeturas que he hecho en torno a él— creo que se quedará en esta casa. Pero, y todavía no puedo anticiparte las maneras que el hecho adoptará, esto sólo será posible si cuento con tu asentimiento. Por ahora no es necesario que sepas más que esto y ni siquiera debes ponerte a pensar en ello hasta que yo no avance en mi investigación. Si todo sale bien, no sólo seremos más felices las dos, sino que comprobarás las ventajas que tiene la imaginación por

sobre la fantasía. Pero tampoco te pido que te apresures a intentar entender esto, que por ahora resulta sumamente abstracto. Sólo reclamo tu confianza en mi proceder y te adelanto que deberás tomar tú también una decisión, una vez que yo haya podido hacerlo. Quiero también pedirte disculpas por no poder ser más clara contigo, pero te aseguro que te digo todo lo que es conveniente que sepas para llevar a buen puerto nuestra empresa.

No sabemos si por la emoción que a Constancia le habían producido siempre esos momentos solemnes en que Catherine volvía a tratarla como a una hija, o por ese temor reverencial que los pobres sienten en presencia de los ricos —mucho más si son sus protectores—, o por una sensación que ni ella misma podía explicar pero que era como si la señora le hubiera sido devuelta (Constancia se sentía en ese instante mucho más importante que el caballero que tan buenas migas había hecho con Catherine), por alguna de estas razones o por todas, Constancia tenía los ojos húmedos y un temblor se había apoderado de su cuerpo, aunque hacía denodados esfuerzos por estar a la altura de las circunstancias. No podía hablar y sentía "acá", y no se daba cuenta de que se tocaba el pecho como cuando Catherine lo decía, la obligación de agradecer, mezclada con la idea de que nunca iba a saber si era preferible que Catherine siguiera decidiendo su destino o, dado que esta idea era inconsciente, lo que en realidad pensaba era —y esto de un modo extremadamente difuso que no se consideraba apta para expresar— que los ricos eligen su vida de una manera muy diferente a los pobres; y esto la llevaba de nuevo a sentir que tenía que estar agradecida de no cargar con la responsabilidad de

la señora que, dueña de todas las posibilidades, estaba obligada a elegir entre las miles que se desplegaban. Constancia siempre había creído que la vida de los pobres está determinada, hecho que agradecía en el fondo de su corazón. Ella, a la larga, consideraba que su vida había sido de menos trabajo que la de los Harven, a quienes aplicaba una fábula del Antiguo Testamento. Constancia, que no era particularmente afecta a la lectura, y menos a la religiosa, había escuchado un sermón en el cual el sacerdote —un joven de naturaleza elocuente— contaba la historia de un Rey que quería poseerlo todo pero sólo para poder comprar su propio tesoro. La moraleja que, de hecho, no era fácil, se formó en Constancia como una lección: "No se encuentra la paz ni teniéndolo todo ni dejando de tenerlo, pero los ricos se preocupan más porque pueden llegar a tenerlo todo y, entonces, no sabrían qué hacer y volverían a comprar lo que ya era de ellos". Esta paradoja le producía confusión —en cierto sentido también le resultaba una historia descabellada— pero le permitió elaborar una modesta teoría sobre los afanes de los ricos. Sea como fuere, Constancia se las había ingeniado para compadecerlos por lo que ella consideraba un exceso de responsabilidades. Decidió que un destino como el suyo era menos exigido.

En realidad, estas ideas le ahorraban a Constancia el trabajo de pensar que ella tenía que esforzarse por un destino. En todo caso, Catherine velaba por él. Así había sido siempre y las cosas no tenían por qué cambiar ahora.

Consciente de su responsabilidad, Catherine estaba tomando absolutamente en serio la promesa hecha a Constancia y tenía planes; lo que de

acuerdo con las normas de vida de Constancia debería constituir un hecho alentador y común. Sin embargo, esa noche, en su cuarto, la mujer más joven iba a experimentar sensaciones cuyas consecuencias resultarían inconmoviblemente novedosas.

Ambas mujeres estuvieron un largo rato en silencio (en realidad el momento parecía prolongarse más de lo que ambas podían sostener), sólo porque Catherine consideró que Constancia valoraba tanto el cumplimiento que haría de su promesa que se sentía imbuida de una especie de sentimiento sagrado que estaba dispuesta a conservar todo el tiempo que éste durara.

Cayó la noche de repente, súbita, necesaria. Al fin las mujeres se retiraron a dormir y la casa quedó a oscuras, excepción hecha de una luz débil que Catherine ordenaba dejar prendida toda la noche. La escalera proyectaba una sombra funambulesca, contribuyendo a decorar, con las sombras que formaba, una trama más amplia de figuras chinescas, producto de las copas de los árboles del jardín y de los objetos inmóviles de la casa. Esa noche, ya nadie circularía por allí. Escaleras arriba, sin embargo, otros vientos corrían.

Constancia había cerrado su puerta con llave, cosa que jamás había hecho en la casa. Siempre le pareció que ella no tenía derechos, porque aunque fuera su propio cuarto —el que le habían destinado— ese cuarto formaba parte de una casa que no era la suya y, por lo tanto, le resultaba desvergonzado "echar el cerrojo" como si se tratara de su propia casa o, peor aun, como si desconfiara o, peor

aun, como si con ese gesto ella sola se expusiera a que los demás desconfiaran de quien nada tenía que ocultar. Es cierto que los señores cerraban su cuarto con llave cuando se retiraban a descansar y que Sir Harven solía hacerlo en ciertos momentos que Constancia suponía especiales, pero hubiera resultado de una presuntuosidad horrible que fuera ella la que lo hiciera. Si consideramos que, de una manera u otra, Constancia había reflexionado sobre este tema, es natural que ahora se sintiera sobresaltada por haberse encerrado con llave y que hubiera retrocedido de un salto hasta el borde mismo de la cama mirando fijo hacia la puerta como esperando alguna explicación para su proceder. En verdad, más que una explicación, Constancia clavaba sus ojos en la cerradura, queriendo borrar ese gesto incomprensible, desatinado, completamente fortuito. En su desesperación llegó a imaginar que Catherine había escuchado el ruido de la llave girando en la cerradura —cosa imposible, por supuesto— y estaba tratando de decidir si no sería mejor el procurar, con alguna excusa cualquiera, volver a bajar, volver a entrar y entornar la puerta suavemente como lo hacía todas las noches. Desestimó la idea con el presentimiento de que había en todo aquello algo de irremediable. Un proceso irreversible que había empezado con la muerte de Sir Harven; que ella veía más crudamente que nadie y por el que no había nada que pudiera hacer. Fueron sus sueños tan angustiosos (grupos de visitantes con la cara de Sir Harven señalaban su puerta cerrada y la señalaban nada más que por eso: porque estaba cerrada) que Catherine se alarmó cuando, en la mañana, la encontró en la puerta del jardín, de espaldas a la sala, mirando de un lado

a otro como si tuviese que defender algo de alguien. Al menos, fue la impresión que tuvo Catherine cuando, después de llamarla por un largo rato sin obtener respuesta, se asomó a la sala y Constancia ni siquiera pareció darse cuenta de su presencia, concentrada como estaba en proteger su posición. Catherine se alejó unos pasos y se quedó mirándola un momento más. El tiempo suficiente como para advertir que, de a ratos, la muchacha torcía desesperadamente la cabeza como si el ataque fuera inminente y ya no le quedaran fuerzas para seguir vigilando. "La charla que mantuvimos ayer ha hecho que Constancia contrajera un horrible tic nervioso", se dijo Catherine abandonando la sala con una sonrisa leve en su rostro. Una sonrisa que flotaba por todo su rostro, el cual, por primera vez desde la muerte de Sir Harven, parecía estar en paz.

En los días que siguieron, Catherine se mostró resplandeciente —hecho especialmente llamativo en una mujer que parecía más destinada a reflejar que a irradiar, si excluimos de esta observación la firmeza que se desprendía de su carácter—. Sin embargo, el sábado por la tarde manifestó no sentirse bien. Le pidió a Constancia que le llevara el té a su cuarto y la muchacha hubiera podido jurar que Catherine había estado llorando. A la noche, contra todo pronóstico, la señora Harven bajó al comedor asombrosamente repuesta de su malestar. Comió su frugal cena con entusiasmo y le pidió a Constancia que ordenara el té en la sala. Se quedó por un largo rato mirando el jardín a

través del ventanal y parecía no poder despegar los ojos de un punto fijo y lejano, como si estuviera viendo algo que sólo ella pudiera distinguir entre las ramas de los árboles.

—Cada tanto alguien llega, mi amada Constancia, y sólo se necesita un poco de valor para dejarlo entrar— le dijo luego a Constancia, reclinada en el sillón de la sala. Después había sonreído algo nerviosa y le había pedido que se sentara a su lado.

Mientras miraba por la ventana, Catherine había estado recordando y era seguramente bajo los influjos de sus recuerdos que había pronunciado aquellas palabras. Catherine recordaba de un modo algo atípico. Había pocas secuencias de su vida con las que su memoria se mostraba condescendiente. Pero, una vez tomado partido, resultaba fanática en su persistencia. Esta modalidad de su memoria hacía que la señora Harven pudiera recordar lo sucedido en ciertos momentos de su vida como quien recita una poesía de un tirón. Era el suyo un modo monótono de recordar. De este reducido, frugal y poco flexible ramillete de recuerdos su memoria había seleccionado esta vez la escena de la mañana en que, en la sala de su querida casa paterna, Henry Harven había pedido su mano. Con la puntualidad que comentamos, Catherine podía verse a sí misma sentada en el rellano de la escalera acomodándose para escuchar lo que su padre y Henry Harven hablaban. La jovencita que venía bajando hacia la sala se había detenido sorprendida de que, tan temprano, su padre estuviera manteniendo una conversación con alguien y su rostro

diáfano se había iluminado con un rubor característico cuando escuchó que la voz potente que venía de la sala era la de Henry Harven. Desde donde estaba no alcanzó a escuchar lo que decía, por lo que descendió presurosa algunos escalones hasta llegar a la posición en la que ahora se encontraba. Desde allí pudo distinguir la voz de su padre que decía:

—¿Para qué quiere usted casarse con mi hija? ¿Acaso busca alguien que lo represente en la vida pública y le permita disponer libremente de su misantropía? De ninguna manera, estimado Henry, permitiría que Catherine comprometa su vida con un hombre egoísta como usted. Aunque cojeamos del mismo pie —como se dice— no admitiré que Catherine se ensombrezca a su lado —dijo Sir Jameson profiriendo una suerte de risa seca y gutural que hizo fruncir el ceño de la jovencita que, a esta altura del diálogo, había inclinado todo su cuerpo hacia adelante como tratando de escuchar mejor, por lo que su carita aparecía prácticamente oculta tras los bucles dorados.

Sir Jameson no era un hombre de risa fácil, pero tampoco acostumbraba usar un tono tan grave. Esas dos peculiaridades eran tal vez la causa de que Catherine hubiera fruncido el ceño, sin contar con la extrañeza que le producía comprender que era ella el centro de la conversación, de una manera seria.

—De hecho, amigo, no otra cosa le ocurrió a Prudence conmigo. Y yo fui quien contribuyó a acelerar el proceso cuando —irreflexivamente pero creyendo que era mi obligación hacerlo— le declaré mi desilusión por lo poco que ella había conseguido mitigar mi pasión por la soledad. ¡Pobre Prudence!

—había continuado Sir Jameson después de una brevísima pausa—. Viviendo conmigo perdió la alegría. En verdad, era su único rasgo alentador. No hubiera debido decírselo nunca —se reprochó Sir Jameson sin mucha convicción y como quien sabe que de verse en el mismo caso volvería a hacer lo mismo—. ¡La lloré mucho cuando murió! Fue un desencuentro ejemplar —había agregado el padre de Catherine en un tono bajo que obligó a la joven a inclinarse de un modo que hizo temer por su equilibrio.

Estuvo a punto de volver a su cuarto, pero, al intentar ponerse de pie, sintió que estaba allí como atornillada.

—En síntesis, Harven, y sin subestimar de ningún modo sus virtudes, no cometeré el mismo error permitiendo que se case usted con mi hija. Ella es alegre, confiada, perfectamente entusiasta —había concluido Sir Jameson, pronunciando sus palabras de una manera que parecía desmentir que las virtudes de Catherine fueran en verdad para él méritos a considerar. Por supuesto que la muchacha no advirtió tal cosa y sólo atinó a levantarse del escalón como quien busca ganar tiempo. En ese momento escuchó la voz de Henry Harven, pronunciando las palabras que siguen:

—Catherine sabe de mi carácter mucho más de lo que usted podría imaginar, señor, y esto no la haría retroceder frente a un casamiento. Apostaría a que si se lo preguntara ahora mismo no vacilaría un segundo en responder que estaría feliz de compartir su vida conmigo.

En este punto no podemos saber qué había opinado Catherine, porque su rostro permaneció inmutable y sería un exceso de suspicacia intentar

decidir si la apuesta de Sir Harven era una apuesta segura. Lo cierto es que parecía haber recuperado el aplomo con que había comenzado hacía apenas unos instantes a descender las escaleras y se había vuelto a sentar, retomando la posición inclinada. Nadie pudo ver su rostro cuando Sir Henry Harven, que parecía haberse concedido un tiempo considerable para hablar, agregó:

—Por otra parte, y no quisiera causar con mis palabras un efecto negativo sobre usted, permítame poner en duda que usted causara esa influencia sobre su difunta esposa. Si me permite —continuó Harven elegantemente— considero nociva y particularmente errada su visión de las cosas en este punto. Tal vez nuestras afinidades no sobrepasen los aspectos que unen a dos caracteres desapacibles y tímidos, estimado señor. Por lo demás, sus palabras acaban de mostrarme que usted es bastante más ingenuo que yo en la creencia de que se pueda ejercer cierto efecto sobre alguien.

Henry Harven había dicho todo esto de un tirón, como si temiese arrepentirse de lo que estaba diciendo si se tomaba un poco más de tiempo —hecho que conmovió el corazón de Catherine que, sin saber por qué se sintió ensoberbecida.

—¿No querrá usted hacerme creer que Catherine puede pensar sobre lo que no conoce? —había inquirido Sir Jameson sin esperar ninguna respuesta—. Yo me engañé con Prudence sobre la base de los mismos argumentos que ahora lo animan. Yo también tuve esperanzas de conseguir a su lado una suerte de adaptabilidad social que sin embargo nunca consideré necesaria. "Si Prudence fracasó —me digo ahora incansablemente— al menos tengo la seguridad de que nadie más

hubiera podido lograrlo". Pero no quiero este consuelo para usted ni estos recuerdos para mi hija. Acá la voz del hombre mayor se había turbado ostensiblemente, por lo que se hizo un silencio que Sir Harven respetó.

No sabemos si la damita en discusión sabía o no sabía de los temores de su padre. Ni siquiera podemos asegurar si había allí algo que a ella le correspondiera saber. Por otra parte, era muy joven para precisar en qué punto la intensidad social que ella percibía tanto en su padre como en Sir Harven se compadecía con el estado de misantropía que los propios caballeros declaraban. Fue necesario mucho tiempo para que Catherine comprendiera que una cosa no está necesariamente reñida con la otra y que tras las intensidades sociales más atractivas suelen esconderse personas que son perfectamente ineptas para establecer alguna verdadera relación con sus semejantes.

No es seguro que Catherine incluyera estas reflexiones en sus recuerdos ni que su memoria rescatara la escena de una manera tan pormenorizada. El caso es que Catherine, que amaba a su padre con una devoción que había heredado de su madre, había reaccionado aquella mañana con una firmeza que años después Sir Jameson seguiría recordando al comparar a su mujer con su hija, sin que supiéramos tampoco quién resultaba favorecida en la comparación.

No había terminado Sir Jameson de hacer su último comentario cuando ambos caballeros vieron recortarse en el marco de la puerta la figura

menuda y ágil de la niña. Sus hermosos bucles estaban perfectamente ordenados y enmarcaban su rostro con una gracia liviana que pareció contaminar toda la escena. Un aire fresco y luminoso había hecho su entrada en la sala. Primero se dirigió a su padre y le dio un beso francamente afectuoso y casi protector, al instante extendió su fina manito al otro caballero, ladeando suavemente la cabeza con un encanto que superaba todos los recuerdos que Harven tenía hasta ahora.

Los dos hombres estaban sorprendidos y turbados y casi no se habían movido del lugar. Sir Jameson estaba rígido y lucía avergonzado, en tanto que Harven sólo había atinado a pararse apenas vio a la joven, pero hasta el momento no conseguía articular palabra o estaba dispuesto a dejar hablar a Sir Jameson. Se produjo un instante de silencio que ninguno de los dos tuvo necesidad de romper porque con la voz bien timbrada que la caracterizaba, Catherine, dirigiéndose a su padre, había dicho:

—A riesgo de que te resulte completamente inadecuado, querido padre, debo confesar que he estado escuchando todo lo que hablaban.

Al escuchar estas palabras, Sir Harven miró a su viejo amigo con una mezcla de resentimiento y piedad y Sir Jameson bajó la vista para darse tiempo a pensar en el efecto que sus recientes comentarios podían haber producido en la hija. Su situación no era nada cómoda porque nunca solía hablar de Prudence con ella y menos en el sentido en que lo había hecho. Sin permitir que aquella situación de embarazo continuara, Catherine se había acercado a Sir Harven y, levantando hacia él una mirada limpia y reconfortante, dijo:

—Agradezco su confianza, Henry, y le aseguro que no se sentirá defraudado. Yo tampoco comparto tu idea sobre las influencias nefastas, padre querido —había dicho luego Catherine a su padre con valentía estudiada que no tranquilizó a Sir Jameson. Él sentía que sus palabras habían causado un daño irreparable en el corazón de su hija y que ahora se veía forzado a permitir aquel casamiento. Era preferible que Catherine no creyera en sus palabras. En caso contrario, tendría que hacerse a la idea de que su madre había sido una mujer desdichada, aspecto que, sea como fuera, era preferible evitar.

Habían pasado larguísimos años desde aquella mañana en que Sir Henry declaró que la amaba, pero Catherine Harven sabía que era de las pocas cosas que no olvidaría. Por todo lo que vendrá a partir de ahora, suponemos que fue bajo los efectos de sus recuerdos recientes que Catherine pontificó a Constancia aquello de "alguien llega —cada tanto—," etc.

En efecto, Catherine se había reclinado en el sillón doble y Constancia, que estaba de pie, fingió no escuchar la invitación para sentarse a su lado. Constancia no supo por qué había rehusado la invitación y Catherine, tal vez todavía perdida en sus recuerdos, no pareció reparar en que Constancia la había aceptado desde lejos, ubicándose, tiesa, en uno de los sillones chicos. La muchacha albergaba temores que pronto se agravarían. No conseguía imaginar cómo, pero sabía que la señora estaba dispuesta a dejar entrar al señor Acevedo. Y

detectaba en ello algo anormal, indefinido, difuso, pero anómalo. Una perspicacia inédita se había abierto paso en su ánimo. Lo inédito no radicaba en la perspicacia en sí misma, que eso no era nuevo, sino en la dirección que ahora podía dar a sus percepciones. Concretamente, de un modo que ella jamás hubiera reconocido como deliberado, Constancia había decidido desde siempre no usar su modesta agudeza para analizar a los Harven, como si el solo hecho de hacerlo llevara implícito un juicio sobre ellos del cual no sentía que pudiera disponer. Temía los efectos de su sensibilidad como si ellos fueran a construir, sin ayuda, un juicio. Constancia temía, en realidad, una modificación de su sensibilidad. O, dicho de otro modo, sentía por los Harven un amor tan compacto que le hacía intuir que el entendimiento no tenía nada que hacer allí. Pero, desde la muerte de Sir Harven, sus sentimientos habían sido atacados por una imaginación analítica que la avergonzaba. En aprietos con su conciencia y en medio de una catarata de autorreproches, Constancia había comprendido que su incondicional voluntad de servicio —sus padres habían inculcado ese sentimiento a los hijos y habían encontrado en Constancia el terreno más fértil para su prédica—, mezclada con una admiración no menos desmesurada por el matrimonio Harven, le habían impedido tener un sentido propio de las cosas, diferente del que ellos juzgaran adecuado. En honor de verdad, es posible que Constancia advirtiera desde siempre que cada vez que Catherine le solicitaba su opinión (Sir Harven no tomó nunca al respecto una verdadera actitud, o al menos Constancia no pudo reconocerla) la consulta le era formulada en un tono

pronunciadamente didáctico que hacía que fuera suficiente que la dama hiciera un comentario del tipo de "¿acaso tú lo ves de otra manera, hija?" para que la muchacha sintiera que Catherine descontaba que ella no lo vería jamás de otra manera, simplemente porque el incontrolable *eros pedagógico* de la señora no esperaba respuesta.

Constancia había averiguado ahora —involuntariamente— que, si alguna vez ella hubiera tenido la convicción de que podía ver las cosas de otra manera, Catherine se hubiera enfadado o, seguramente, hubiera fingido no escucharla. Parecía quedar al descubierto, como en una revelación, que Catherine creía que obrar en favor de los intereses ajenos significaba obrar en favor del único interés circulante; a saber, el de Catherine misma.

No podemos saber hasta qué punto Constancia tenía o no razones para pensar de esta manera, ni podemos garantizar el grado de elaboración que había alcanzado en sus pensamientos. De todos modos, su actitud defensiva, su nerviosismo extremo e intolerante de los últimos días, y su reciente renuencia a compartir el sillón con la señora Harven parecían indicar que la muchacha había empezado a disponer de alguna opinión.

En beneficio de nuestra sospecha se añadía el hecho de que, mientras Catherine tomaba su té, Constancia parecía emperrada —como se dice— en no tomar contacto con ella. Sus ojos miraban hacia la alfombra (por supuesto que Constancia era una persona educada y convencida de que estos gestos son poco amables) y se había sentado tan en el borde del sillón que más que sentada parecía estar dispuesta a dispararse como un proyectil cuando

así lo deseara, sin esperar la consabida anuencia de Catherine que —cuando tenían este tipo de encuentros— solía hacer un gesto con la cabeza que indicaba que habían terminado, movimiento que Constancia aprovechaba para mirar a la señora de modo que ella entendiera que no se cansaría nunca de escuchar palabras siempre atinadas y renovadamente aleccionadoras. Con todas las variantes del caso, estos encuentros siempre terminaban así. Pero esta vez la posición de Constancia era, al menos escenográficamente, distinta. El malentendido es, se sabe, una figura del amor y sus reverberaciones iluminan y apagan distintos puntos de la trama de la figura, según medida. Si había un malentendido en la relación entre ambas mujeres de lo único que podemos dar fe es de que se avecinaba el peor. Esa noche, Catherine pondría definitivamente a prueba su furor pedagógico y Constancia —la humilde Constancia— podía llegar a lograr que un súbito modo de rebelión apareciera en ese pequeño mundo.

Catherine no había hablado en absoluto después de sus enigmáticas palabras y, limitándose a los ritos del té, había retomado ahora sus lecciones.

—No hay muchas posiciones en esta vida, hija —estaba diciendo Catherine como si supiera que corría aquella noche con todos los riesgos pero que el verdadero maestro no hace siempre más que eso—. Y lo más difícil no está en saber a qué grupo pertenecemos. Todo ser humano, en lo más recóndito de su corazón, sabe si cree o no cree en el determinismo de sus actos. Lo verdaderamente difícil es saber si el determinismo es o no un consuelo.

—Pero éstas serían divagaciones que nos llevarían demasiado lejos—, dijo Catherine después de una pausa. Constancia sabía que a Catherine le encantaban esas divagaciones que pueden llevar lejos y que, en realidad, ella consideraba que ya había ido demasiado lejos, antes de interrumpirse para decir que aún no lo había hecho. Constancia lo supo siempre y, como todo lo que venía de Catherine, le resultaba sublime. Sin embargo, aquella noche, Constancia percibía que si Catherine iba demasiado lejos, ella también lo haría.

—Y hay algo que tú puedes hacer, querida, que nos demostrará que el determinismo es un consuelo —dijo Catherine en el preciso momento en que Constancia se interrogaba si había algo que ella pudiera, efectivamente, hacer por sí misma. La muchacha supo que, por primera vez, Catherine le estaba diciendo que había cosas que dependían sólo de su propia decisión. Recordó la sonrisa del sueño y, con cierta falta de recato, se rió ella también, al tiempo que se acercaba a la señora, desafiante.

—¿Qué es lo que puedo hacer? —preguntó levantando sus ojos, con la misma firmeza con que lo hubiera hecho Catherine.

—Puedes casarte con el señor Francisco Acevedo —respondió Catherine con una indiferencia poco acorde con la magnitud de la propuesta.

—¿Pero es que él se ha interesado por mí? —preguntó Constancia de un modo completamente clásico que, sin embargo, no escondía ninguna esperanza.

—¡Se ha interesado por nosotras! —replicó Catherine con una sonrisa—. Su situación es aún más comprometida —agregó con la alegría de una

chiquilla—. ¡Se ha interesado por preservar nuestra casa!

—¿Él ya lo sabe? —dijo Constancia, que apenas lo hubo hecho se preguntó si ella misma ya lo sabía; o, si había alguien, aparte de Catherine, que considerara las cosas en este sentido. Constancia se preguntó también si Sir Harven hubiera aprobado todo aquello y, por un instante, le pareció ver otra vez su rostro en la ventana, sólo para ella.

—Mañana, el señor Acevedo va a conocer la condición para comprar la casa —continuó Catherine arrancándola de su ensoñación—. Estoy segura de que la aceptará sin titubeos.

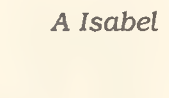
Constancia tampoco tuvo dudas de que aquella boda se realizaría y bajó la cabeza como una jovencita enamorada que comienza a vivir. Catherine se quedó mirando fijo un punto en la ventana, al tiempo que sus ojos parecían penetrar el vidrio y perderse lejos, muy lejos.

No sabemos qué ocurrió en la charla que mantuvieron, a puertas cerradas, Catherine Harven y Francisco Acevedo. No sabemos tampoco si a Catherine le impresionó el encuentro que éste había tenido con Sir Harven, atendiendo a su carácter no menos determinista que voluntarioso. Lo que podemos asegurar es que nada pareció cambiar en la Casa Harven con el ingreso del señor Francisco Acevedo como marido de Constancia Lehman. Catherine permaneció viviendo allí y, pese a que el señor Acevedo compró finalmente la residencia, la relación cotidiana entre ambas mujeres fue tan equilibrada, que nadie hubiera podido

decir quién era allí el ama de casa. Pero la dicha —hay quienes dicen que la hubo— duró poco tiempo. Catherine Harven murió de una mal curada congestión pulmonar. Constancia Lehman y el señor Acevedo continuaron casados y ocupando la casa, sin recibir visitas.

Enero, 1991

Greta Krull



A Isabel

1

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho!— ¡Acabamos de cerrar otra escena!, —aplaudió sin asomo de triunfalismo la elegante jovencita que había permanecido por largo rato pegada al vidrio de la ventana de la habitación del Hotel, mirando fijamente hacia la calle. Sin volverse, pareció esperar que el caballero que leía los diarios recostado en el sofá le dijera alguna cosa; y como si el caballero se hubiera olvidado de que era ése el momento de su parlamento (¡tan bien llevada estuvo la pausa!), la joven continuó, con un dejo de monotonía:

—¡Siempre el mismo final! —¡Se escapan! Así resultan las cosas en este país, mi querido.

Los extranjeros, llegados de Alemania hacía pocos días, se apellidaban Berman y componían una amable pareja de recién casados. Estaban en Sud América porque el doctor Berman, biólogo promisorio, había sido invitado a comunicar el resultado de sus investigaciones en un Congreso

Internacional organizado por la Academia de Ciencias del Perú. El hecho de que el viaje coincidiera con su reciente boda no significaba que la pareja estuviera disfrutando del viaje de novios, como suele decirse. Ambos, por motivos lejanos y diferentes no se hubieran sentido comprendidos en esa escueta generalización. Viaje de novios era una de las tantas expresiones que ni Alexander Berman ni Greta Krull hubieran conseguido dotar de un sentido si alguien les hubiera reclamado una respuesta al respecto.

Completamente ajena, por lo tanto, a preguntas irreales, Greta continuaba mirando hacia la calle sin despegarse de la ventana y aunque por un momento todo pareció indicar que iba a volverse, no lo hizo, por lo que se hubiera podido asegurar que continuaría allí hasta cerrar otra escena, como diríamos de atenernos a sus palabras.

Extremadamente concentrada, fijó los ojos con más fuerza —si es que eso era posible— y levantó su brazo derecho al tiempo que señalaba con el dedo una dirección. Su dedo comenzó a describir un movimiento en el aire, que fue dejando grabado sobre el vidrio un dibujo abstracto, de líneas que iban y venían, así. En un momento Greta lanzó el dedo hacia adelante y pareció rubricar la composición en un punto lejano del horizonte. Se quedó con el dedo rígido, apuntando en esa especie de dirección final y definitiva que debía ser la que marcaba el cierre de lo que ella misma había llamado "una escena". Al menos, era en ese preciso momento cuando la joven, que venía practicando aquello con una frecuencia intranquilizante, mostraba la sonrisa fatigada y satisfecha de quien ha cumplido con algún deber.

Afuera, del otro lado del vidrio, en la dirección tenazmente apuntada, un grupo de nativas sucias levantaba una complicada línea de polvo escapándose del acoso de algunos turistas con cámaras de fotos. Los ojos de Greta se perdían, sin parpadear, en el modesto remolino que dibujaban las mujeres al escapar, lo que de por sí ya constituía un mérito porque era difícil no parpadear frente al escenario que capturaba su atención.

El extranjero que se acercara a mirar por aquella ventana vería un paisaje seco y polvoriento y tendría, casi con seguridad, la impresión de que todo el cuadro estaba diseñado y protegido por los desvelos de un sabio loco o de un ser inmemorial: un palimpsesto defectuoso que hubiera cobrado relieve con el paso del tiempo tomando la forma de ese escenario que era el que ahora veía Greta Krull.

El dibujo de fondo, que parecía ser lo más antiguo, era, sin embargo, lo que estaba grabado con mayor nitidez. Incluso se tenía la impresión de que las huellas más viejas del palimpsesto cobraban vida minuto a minuto, segundo a segundo, lo que le daba al cuadro una suerte de movimiento incesante, donde lo más viejo, según los ciclos, volvía a a ser lo más nuevo, y lo más nuevo, como arrastrado por una rueda, se iba desgastando, pero a medida que se desgastaba cobraba vida, así, sucesivo. Pero siempre en dos sentidos, por lo que resultaba inútil preguntarse ¿en qué sentido? ¿en qué sentido? como podría llegar a hacerlo una extranjera poco habituada.

Lo único que simulaba estar fijo y no dejarse arrastrar por la inverosímil rueda era un enorme y abarrotado mercado poblado de hombres y mujeres recortados sobre un gran fresco de duros relie-

ves rojos, que ayudaban a componer una escena confusa en la cual parecía haberse librado una gran batalla. Tal vez porque para los ojos del turista los puestos semejaban cofres de los que, en la imaginación, brotaban botines antiguos que se dirían provenientes de un saqueo monumental del que ahora sólo quedaran baratijas. Y el turista se preguntaba cómo era que, haciendo tantos años que la guerra había terminado, seguían saliendo reliquias. Largas y untuosas trenzas negras enlazadas con piedras preciosas eran pacientemente cuidadas por unos puesteros andrajosos que no levantaban la cabeza más que para mirar de soslayo al turista que se acercaba a arrebatarles el botín. Sin embargo, cada trenza que vendían parecía constituir un verdadero alivio y, nuevamente, nadie hubiera podido decir de dónde era que sacaban tantas. ¡Tantas, tantas como para seguir lustrando todo el tiempo que les quedara de vida! Eso parecía.

Las mujeres no vendían nada y se reunían alrededor de una pira de hachas, cuchillos y lanzas oxidadas y resecas, como velando las armas. Sin embargo, simulaban haberse puesto de acuerdo en pensar en otra cosa, como si una estuviera tejiendo, otra hablando en el mercado, otra cuidando de su hijo, o cualquier otra cosa. Esa aparente divergencia, esa autonomía respecto del ritual, producía una convergencia perfecta. Porque el turista se dispersaba en la diversidad de actividades y lo único real terminaban siendo las armas y, luego, la representación global de las mujeres que velaban las armas. Era así, las diferencias desaparecían y todo se volvía *en común*.

Cada vez que un turista se acercaba demasiado las mujeres emprendían la huida levantando una

polvareda reseca y avinagrada que envejecía la pira un poco más.

Daba miedo que aquellas armas se disolvieran como el polvo y, sin embargo, eso no ocurría nunca. Apenas un grupo de nativas abandonaba la escena surgía otro que, instantáneamente, volvía a reunirse en torno a los achaparrados montículos que, ahora, parecían haber crecido.

Greta Krull hubiera asegurado que, lejos de evaporarse alguna vez, aquella pira crecería, o se quedaría así, como una estatua de sal. Sea como fuere, quien se acercara a mirar por la ventana vería sólo el movimiento lento, imperceptible, de la rueda girando y quedaría atontado y adormecido pensando que era un sueño. Sólo Greta sabía que no soñaba.

Allá abajo, las nativas lucían unas polleras extrañas que las hacían parecer dentro de un barril; además, como las usaban unas encima de las otras, con el irrefutable orden del amontonamiento, producían, al correr, un movimiento de repollos bamboleándose sumamente típico. No se hubiera podido decir si corrían rápido o despacio, porque, aunque desaparecían súbitamente de la vista del observador, los pasos que daban para lograrlo eran algo torpes y, entonces, la escena parecía más larga de lo que era y se hubiera dicho que corrían muy despacio; casi en cámara lenta. Emprendían la huida todas juntas, en grupos de dos o tres, y como ocurría que siempre tomaban la determinación de correr al mismo tiempo, se rozaban las polleras, lo que las obligaba a reordenarse

simultáneamente, haciendo un saltito al costado, como si el hecho de rozarse les hiciera temer un entrevero que les quitase velocidad y las voltease. Era en ese momento cuando parecían obligarse a efectuar ese saltito de alineación en el que aprovechaban el envión del tropiezo inicial para dejarse caer hacia un costado como un mazo de cartas manejadas por un chico. En vez de caer, se bamboleaban —a saltitos— y corrían algunos pasos en línea horizontal. Después, cada una parecía cobrar independencia del grupo y se perdía en la vertical, por su cuenta. Ese momento creaba, sin embargo, un movimiento más complicado porque cada una corría reproduciendo el bamboleo, el tropiezo y el reordenamiento, como si siguiera corriendo con las demás.

Greta Krull seguía desde la ventana el movimiento completo. Lo seguía dibujando en el aire todo el trayecto, sin omitir desplazamiento alguno.

Vista desde el cuarto como la veía su marido, que cada tanto parecía controlarla con miedo de ser descubierto, se hubiera dicho que la joven dibujaba algo que conocía de memoria. Contribuía a esta impresión el hecho de que no mirara en ningún momento la figura que iba trazando con el dedo, como si cada trazo estuviera absolutamente decidido y no hubiera que corregir nada, o el modelo no aportara nada para corregir, o el artista fuera ciego. Porque si Greta copiaba de memoria era difícil entender su meticulosa concentración en observar cada detalle de los movimientos que practicaban las nativas, como si quisiera registrarlas para no

olvidarse nunca, hecho que indicaría que ese cuadro era nuevo para ella. Este esfuerzo estaba concentrado en sus enormes ojos grises que acompañaban el trazado, iluminándolo. Como un faro, la cabeza de Greta se torcía en movimientos mecánicos y súbitos, por lo que la figura que describía podía concebirse todavía más mecánica que la que describía el dedo. De todos modos, hubiera sido difícil saber si el verdadero dibujo empezaba en las nativas, pasaba por los ojos y se dibujaba con el dedo, o si Greta no miraba nada y el dibujo iba de su memoria directo al dedo o, aun, todo salía de un orden impuesto por el gesto mismo del dedo y las torsiones de la cabeza eran un simulacro, mecánico, de la figura que ella misma disponía.

Vista desde afuera, como la vería un paseante que levantara la vista hacia la ventana y se detuviera a contemplar la escena completa, las nativas hubieran parecido un cuerpo de baile dirigido por control remoto, o algún invento de esa naturaleza. Un cuerpo de baile torpe, con vestidos sucios y pobres, es cierto, pero cuerpo de baile al fin. Incluso, como el curioso paseante no dejaría de percibir el olor rancio que dejaban las bailarinas al ejecutar su número, podría llegar a creer que esa dama delicada, que seguramente olería muy bien, prefería dirigir desde el otro lado del vidrio, ajena al hedor que exhalaban aquellas criaturas. Tan severo era el gesto de la extranjera —pensaría el paseante—, tan fino todo en ella y al mismo tiempo tan enérgico y decidido que se hubiera dicho que era una muñeca de cera sacada de un escaparate o robada al amor loco de un fabricante de autómatas —esto depende de las preferencias del ocasional observador— pero, sea como sea, puesta allí

para coordinar toda la escena y hacer que las nativas corrieran de acuerdo con la orden marcada por el dedo erguido en el aire. El paseante se hubiera sentido a salvo de esas órdenes impartidas desde arriba porque si de algo hubiera estado seguro era de que la joven, en una especie de arrebato monomaníaco, tenía bien delimitado el escenario y éste sólo incluía a las nativas.

Si el paseante hubiera sido un enamorado se sentiría desesperadamente ignorado por esa extranjera que no tenía ojos más que para un escenario tan pequeño como el de un teatro de títeres del cual él quedaba completamente excluido. El complejo y casi pueril desequilibrio de la escenografía y tanto trapo en tonos secos, unido al movimiento bamboleante del cuadro, evocaba más un teatro de títeres infantil y callejero que un ballet. Por otra parte, había una manera infantil de trabajar la escena, expresada en ese toque folklórico que adoptan los títeres, siempre extraviados en un realismo desmedido. En este caso, el modo que tenían las nativas de esconder su cabeza en una manta de arpillera, antes de ponerse a correr, parecía ser el rasgo de realismo que el titiritero había considerado más explícitamente folklórico y más rápidamente comprensible para el espectador. El paseante hubiera descripto así el dibujo que hacía la extranjera. Seguramente porque, inconscientemente, se vería tentado por imágenes de culturas comparadas (tema muy de moda en nuestros tiempos) y elegiría la más obvia, atendiendo a una diversidad de propuestas parejamente triviales.

Era el señor Berman quien en un extravío estético se había entretenido en imaginar al paseante.

Acosado por una fantasía poco acorde con su carácter, había llegado a pensar que en cualquier momento el paseante averiguaría quién ocupaba esa habitación y le exigiría una versión de los hechos. Un ligero temblor se apoderó del joven que, en este punto, tuvo que reconocer que aquel país ejercía sobre su ánimo un efecto desestabilizante. Volvió a concentrarse en un libro que tenía pendiente, no sin dejar de espiar a Greta cada tanto. Pero ahora, su sonrisa era rara. Para ser sonrisa, tenía un aire grave que congelaba y, para ser grave, tenía un aire leve, flotante, como si un salto hacia atrás en el momento antes de sonreír hubiera transformado el movimiento flojo que iba a ondular en el rostro y lo hubiera inhibido.

¿Es que, en verdad, se había creado una relación entre Greta Krull y aquellas mujeres cuya existencia ignoraba apenas una semana atrás? Aunque eso era prácticamente imposible, Greta se comportaba, al respecto, con un énfasis y una responsabilidad desconcertante. Hacía más de una hora que no abandonaba su puesto detrás del vidrio y cada vez que repetía la escena lo hacía con mayor concentración. Parecía que nadie conseguiría apartarla de allí. Al menos, hasta que ella se diera por conforme con su actuación o con la actuación de las nativas. Era difícil de entender, porque Greta no era una maniática ni una directora de ballet, ni aquellas mujeres afuera eran títeres. Las nativas tenían su propia estrategia de fuga ensayada por generaciones, derivadas, tal vez, de la necesidad de fomentar en el turista la idea de que

los pueblos primitivos creen que las fotos son malignas porque roban el alma. Tal vez lo creían de verdad, tal vez no. Lo cierto es que aquél era un país pobre y no era inverosímil que las mujeres hubieran aprendido a estimular la imaginación del turista. Los Berman habían llegado hasta aquí con una versión nada ingenua de este lado del mundo. Para el señor Berman, a quien nadie podría acusar de exótico, había constituido un verdadero privilegio aceptar una invitación de sus colegas de Sud América, y de hecho allí estaban; descansando de una jornada terriblemente agotadora, al menos para el señor Berman, una de las celebridades más requeridas del Congreso.

En cuanto a Greta, parecía haber contraído responsabilidades no menos importantes. Eso era lo que su marido hubiera asegurado, sin titubeos, a juzgar por la inquietud que mostraba desde que Greta se había dado a la costumbre de pasarse las horas frente a la ventana, accediendo con algo de fastidio a los requerimientos sociales y demás compromisos derivados de la hospitalidad de sus colegas.

El señor Berman no manifestaba enfado alguno por el hecho de que Greta se hubiera buscado sus propias diversiones, pero no podía evitar mirarla con su sonrisa seria cada vez que volvía de la Universidad y la encontraba parada en su sitio junto a la ventana, extática, repitiendo lo mismo. De hecho, había intentado averiguar qué era lo que estaba ocurriendo allí, pero no lo había conseguido. Con la expresión infantil que lo caracterizaba,

esa misma mañana se había acercado a la ventana y, rodeando a Greta con sus brazos, le susurró al oído:

—¿Está todo bien, querida? —y en cuanto lo dijo hubo algo en la pregunta misma que lo asustó.

—Está todo en su lugar, mi amor —había dicho Greta sin volverse, mientras Alex retomaba su lugar en el sofá como si hubieran tenido una verdadera explicación. En verdad, hasta había esbozado una sonrisa similar a la que se hubiera podido espiar en un niño que ha descubierto un gran secreto.

Alexander Berman no había perdido el aire de niño, por lo que podía dar la alocada impresión de que nunca lo había sido en realidad. Era de ese tipo de hombres que resulta imposible imaginar en la infancia sin sobreimprimirle los rasgos de su cara de adulto, sin escalas. El señor Berman tenía una mirada algo ausente, que, de pronto y sin motivo aparente, se fijaba escrupulosamente en el interlocutor como quien se ha visto poseído por un interés particular e inconfesable. Como los niños, en esos casos no intentaba disimular su curiosidad, lo que no resultaba incómodo para el interlocutor si éste no tomaba en cuenta que la mirada de ahora indicaba que hasta ese momento él no había estado efectivamente allí. En verdad, el señor Berman parecía un niño bien educado que nunca había disfrutado de la niñez en estado puro, y que, por alguna extraña reivindicación, disponía de los beneficios de un aire desde siempre, hecho que volvía su rostro apacible e inescrutable.

Tal vez era simplemente tímido y ésa era toda la explicación para su aire infantil. Por otra parte, como era una persona que, al igual que los niños,

no hubiera sabido entender qué quería decir aquello de hacerse un lugar en el mundo, siempre se comportaba como si él tuviera el suyo. Algunas personas consideraban que había en este gesto algo de especulación. Otros lo suponían alegremente ingenuo. Este rasgo lo hacía frágil o fuerte, según cómo se consideraban las cosas. La misma Greta parecía considerarlo de una u otra manera según las circunstancias, lo que para el caso de Greta quería decir según su propia manera de componer —ella misma— dichas circunstancias. Y Alexander Berman podía asegurar que no era tarea fácil para Greta determinar el estado de su propia circunstancia, con exactitud. Y no porque fuera una ciclotímica o una indecisa, o algo así, sino por ciertas particularidades de su carácter que el señor Berman había percibido con lucidez desde el día en que la conoció.

Alex era un joven extremadamente sensible, convencido de que su sensibilidad estaba domeñada por el férreo control que había conseguido imprimirle a todas las cosas de su vida. Tenía para con los demás un trato reservado, sin remilgos, pero pudoroso. Sin haberlo procurado, se sabía poseedor de un conocimiento de sus semejantes mayor del que ellos mismos pudieran llegar a obtener de sí. Pero a diferencia de las personas orgullosas de su naturaleza psicológica, el señor Berman no se sentía nada cómodo con su modo de ser y, respetuoso como era, se comportaba con la gente como quien habiendo escuchado una confesión ajena involuntariamente, cargara con la responsabilidad de saber algo de los demás que no correspondería que él supiese. El joven no había pensado en un don ni en nada parecido. En todo caso, —era

inevitable— se permitía la petulancia de echarle la culpa a su capacidad de observación y juzgaba toda la cuestión incómoda y, en un punto que no alcanzaba a precisar, equivocada. Solía decirse que su capacidad de observación no era más que una virtud científica adquirida en el duro combate de aumentar el tamaño de sus alocados y conjeturales objetos de estudio. El señor Berman lamentaba que las gentes no estuvieran habituadas a perseguir esa pululación incesante de partículas locas que nadie puede fijar. Mirando las huellas por el microscopio, siempre estaba consciente de que había un latido del mundo que los demás no percibían. Desconfiaba, incluso, de los científicos. Algo amaneradamente, consideraba rígidos los signos de la matemática y se inclinaba por un lenguaje que él concebía más poético. El señor Berman sabía deslumbrar a sus colegas descubriéndoles un mundo de elementos tanto más ínfimos y veloces que la luz. Amaba ese mundo conjetural, susceptible de ser probado por una diversidad de efectos que demostraban que las partículas que componían ese mundo nunca estarían precisamente allí donde el ojo humano pudiera verlas, pero que siempre habría una posibilidad de seguirles el rastro con la lente electrónica y dar en el blanco. Con expresiones corrientes como éstas el científico traducía sus progresos en biología molecular.

En alguna ocasión Greta le había dicho:

—Una vez conocí a una dama muy vieja que tenía un zoo de cristal y aunque suene obvio decirlo ¡era todo tan frágil en ella! Pero nunca había conocido a alguien que coleccionara huellas —había agregado frunciendo el ceño. Alex no

supo cómo tomar aquello porque, después de hablar, Greta se había quedado taciturna. Esta vez él no se había sentido complacido por las relaciones estéticas que su mujer gustaba de establecer.

El joven era consciente de que comparar sus dotes de científico con las de un psicólogo experimental resultaba absurdo, porque los seres humanos no necesitaban ser reducidos y cuando de personas se trataba no era lo infinitamente pequeño lo que lo lanzaba al divague sino la imposibilidad de fijar el punto en que el cuerpo y el alma se encontraban. En su época de estudiante había leído en una novela una caracterización impresionante: "El hombre es una conjunción imposible de cuerpo y alma". Desde entonces, se había aplicado al tema, desarrollando amplias aptitudes.

Cuando Alexander Berman conoció a la señorita Greta Krull estas dotes especiales para percibir algo de lo imposible de la conjunción entraron en acción con una exquisitez frenética, sólo comparable a la de un niño que de golpe descubre que tiene algún poder sobrenatural. No era el caso del señor Berman que no estrenaba esa noche sus poderes, pero su observación de la joven extranjera lo dejaba tan satisfecho que él mismo se hubiera dicho que aquel día tenía algo de inaugural. Tan aguda le resultó su posibilidad de advertir los esfuerzos que la muchacha realizaba para poder ser fijada en una imagen que mostrara que ella estaba "en coincidencia", que, de entrada, pensó que había algo entre ellos, una afinidad que el tiempo se encargaría de corroborar.

El señor Berman estaba frente a una nueva posibilidad y aquella niña le abría un enorme campo de observación. Hasta esa noche, él sólo

había pensado en la conjunción imposible entre un cuerpo y unos pensamientos, pero ahora se le ofrecía algo más: la joven parecía considerar defectuosa su entrada en relación con alguna escena imaginaria de la que ella debería recortarse con absoluta precisión. Más concretamente: no parecía dar por sentado que ella calzara en las escenas del mundo, sino que ponía una extrema voluntad en estar presente. Y éstas no eran niñerías para un hombre como el doctor Berman.

Aquella primera noche el caballero había quedado fascinado precisamente por el modo en que aquella jovencita trataba de adaptarse a las circunstancias, literalmente. El señor Berman, que a la sazón se encontraba cenando en lo de la amable señora Margarita V., tía de Greta, se sintió atraído de entrada por aquella joven extranjera recién llegada de Dinamarca. A lo largo de la velada supo que la muchacha también había nacido en Alemania pero, huérfana de madre desde muy niña, había quedado a cargo de su padre, un filósofo con fama de extravagante que prefirió abandonar su patria y aceptar un cargo en la Universidad de Copenhague donde la niña había vivido una vida recoleta y sombría. Ahora, su padre acababa de morir. Si bien la muchacha parecía extremadamente inteligente y atractiva, no fueron esos rasgos los que cautivaron al joven Berman. En un sentido nada metafórico el caballero pudo observar que la muchacha se esforzaba (conduciéndose de un modo asombroso) por armonizarse con las circunstancias. Producía gestos bruscos como los de una máquina que estuviera acostumbrada a retardarse y acelerarse sin dominio, pero, al mismo tiempo, perfectamente ejercitada en recuperar el ritmo normal recurrien-

do a un mecanismo autorregulador. Estrictamente, la joven tenía momentos de una morosidad en los movimientos que amenazaban con devolverla al estado de inercia; momentos de los que se sobreponía como movida por un resorte. Esta versión algo mecánica que había tenido de entrada el señor Berman no hubiera sido avalada por los que aquella noche compartían la mesa con él. Lo rodeaba un grupo de jóvenes estéticos que adoraban a las mujeres que ellos llamaban arrebatadas, encantados con la discontinuidad de efecto de esos caracteres. Esta discrepancia de criterio constituyó un alivio para el joven que inmediatamente se sintió a solas con la muchacha. Se interrogó rápidamente por el mecanismo que producía el efecto que le causaba; en otras palabras, Alexander Berman se había enamorado, por primera vez en su vida. Preso de su encantamiento, creyó percibir que la joven deseaba transmitirle que había un tiempo de esa circunstancia con el que ella no se llevaba del todo de acuerdo. Cuanto más la observaba, comprobaba, efectivamente, que a veces las circunstancias se le adelantaban y ella creía quedar un momento antes de lo debido, y otras, era ella quien parecía situarse un momento después, por lo que se veía obligada a estar llenando siempre un vacío, cuestión que se resolvía con distintos gestos según fuera que se quedara antes o después.

Esto pasaba desapercibido para el resto de los comensales que miraban a Greta encantados, complacidos en lo que no hubieran vacilado en llamar ductilidad. El señor Berman, con su lente de aumento, pudo observar cada movimiento con el que la joven pasaba de una ductilidad a otra; vio la huella entre un estado y otro, vio, en fin, la ductilidad

en estado puro. Estaba profundamente arrebatado por los momentos en que la muchacha se daba su ritmo, aprovechando los espacios en blanco para hacer entrar el tiempo de la escena en su propio tiempo. Esto cuando llegaba antes. Cuando llegaba después, abría desmesuradamente los ojos como si con ello abriera también un espacio enorme que la abarcara desde antes. Más de una vez al señor Berman le pareció que ella le sonreía de un modo especial, como pidiendo disculpas por haber entrado mal. La sonrisa con la que respondió el señor Berman esa primera noche para comunicarle que su comprensión no era producto de una coquetería superficial fue tan memorable para él mismo que nunca pudo sonreírle de otro modo.

Ahora mismo, fuera de casa, mientras miraba a su mujer en la ventana, volvía a encerrarse en ese mundo, reconfortado. Como si lo supiera, Greta se dio vuelta de golpe y Alex recibió una sonrisa que mostraba una expresión particular. Tal vez Berman no estaba seguro de si él podría llegar a transmitirle a alguien cómo era, en verdad, su mujer, pero si de algo no dudaba era de que Greta era esa expresión. Tampoco dudaba de amarla profundamente. Si Alexander Berman hubiera sido un imitador —lamentaba no serlo porque su mimética mental solía fatigarlo— hubiera representado a Greta haciendo esa expresión. La que tenía ahora.

Cuando Greta se volvió, la cortina que tenía sujeta con la mano cayó junto con su brazo en gracioso abanico, describiendo una parábola casi perfecta y la habitación, con la figura de Greta recortada en la ventana quedó en penumbras. Súbitamente la mujer dejó de avanzar hacia el marido y se quedó detenida a pocos centímetros de

la ventana, paralizada. Greta había sentido que, súbitamente, la paz de la tarde no había ocurrido. Incluso una persona menos sensible que ella en "llevar los tiempos" hubiera podido decir que algo había fallado en la escena. De tal manera se concentró de repente la oscuridad, coincidiendo con la firmeza de Greta al bajar el brazo y voltearse, que cualquiera hubiera dicho que ella, al tiempo que dejaba caer el brazo, dejaba caer la batuta ante una orquesta en plena ejecución. Greta, desasosegada, ahora pareció estar segura de que, por su culpa, el universo entero y todo lo que él contenía ingresaba a la noche de la misma manera que Alex y ella: súbita e intranquilizadoramente. Sobresaltada, se había vuelto nuevamente hacia la ventana levantando y dejando caer la cortina con tanta suavidad, que hasta pareció que usaba su brazo para trabar la caída. Haciéndose a un lado, dejando libre la ventana, había logrado que una luz suave se reinstalara en la escena, efecto, tal vez, de la costumbre que el espectador ya tenía de la oscuridad. La joven parecía creer verdaderamente que había ocurrido allí algo inoportuno, al mismo tiempo que se forjaba la convicción de que ella sola, con brusquedad, había producido cierta inoperancia del crepúsculo. De otro modo no se explicaría que en la repetición del cuadro todo hubiera sido hecho casi en cámara lenta, retardada y melancólicamente. Alex, que había estado pendiente de toda la escena, le sonrió consoladoramente porque advirtió que también esta vez ella creía haber actuado en forma inadecuada. Para el caso, y en rigor, había actuado de más, hecho que no era más favorable que actuar de menos. De todos modos, Alex pensó que le quedaría el consuelo de que no hay nadie,

pero nadie, que pueda estar justo a tiempo para el crepúsculo, en cualquier tiempo, en cualquier parte. La dúctil Greta parecía estar bajo los efectos de una ductilidad mayúscula, entera. Alex sonreía.

Si las observaciones del señor Berman eran correctas, para una mujer como Greta hubiera sido apremiante pensar que había otras personas que no daban con el ritmo. Su profundo sentido de la responsabilidad la hubiera llevado a ocuparse también de ellas y las cosas se hubieran complicado tremendamente. Por lo tanto, se comportaba como si las gentes fueran acordes por naturaleza. Eso era todo; su marido, por ejemplo, era completamente acorde. Nunca ocurrió que la escena necesitara de Alex y él no estuviera, ni que Alex necesitara de alguna escena para estar presente. Era para Greta un rasgo verdaderamente admirable, especialmente si consideramos que —lo supiera la joven o no— se trataba de un hombre que no sabía lo que era hacerse un lugar en el mundo.

Tal como si Greta tuviera razón en cuanto al modo en que casi arruina —tal había sido, efectivamente, su impresión— la paz de la tarde, la repetición de la escena no pareció haber sido en vano. Cual si ella hubiera fallado como *capo di voce*, arrastrando tras de sí al resto del coro, pareció suficiente que el silencio se hiciera en ella, para que la pareja quedara devuelta a un instante que ahora, o más precisamente cuando el deliberado gesto de Greta lo había favorecido, el crepúsculo se hacía sentir y el universo entero parecía agradecido. Un tono de luz más claro se reinstaló en la

escena por lo que Greta creyó confirmar que había estado a punto de echarlo todo a perder. Las cosas en el cuarto se volvieron más ciertas, más confortables. Los límites se hicieron nítidos, todavía no era de noche y ahora ella estaba preparada para acompañar el pasaje, en silencio. Greta se mantuvo así, atenta y vigilante, cauta. El mundo entero se sumaba a la oscuridad, es cierto, pero recompuesto todo el universo, ahora eran sólo Greta Krull y Alexander Berman los que sabían que algo se había producido. Greta creía haber hecho un buen trabajo. Fatal pero sosegada, la noche había llegado y ahora, apoyada en el hombro de su marido, podía soñar, por un momento, que su voluntad no había tenido nada que ver en todo aquello y que su propia naturaleza era la intención de toda la naturaleza. Esta hubiera podido ser la versión de Alex si hubiera sido un artista y no un científico, o si hubiera sido de esos científicos para quienes el determinismo es un consuelo. De todos modos, una versión que no hubiera desagradado ni a Greta, ni al marido, ni siquiera el paseante que hubiera sentido que no pasó por allí de pura casualidad sino por una ciega necesidad.

—El escenógrafo que tienen aquí está completamente loco —había observado Greta la primera vez que se asomó a la ventana.

Y Alex no la contradijo.

En esta versión las nativas habían quedado como lo único real, lo inalcanzable sin metáfora. En un modesto retablo de títeres quedaban las figuras huyendo por un escenario polvoriento y hediondo.

Un dibujo fabuloso terminaría por confundir a Greta Krull que, sin embargo, sabía que no soñaba.

2

Greta Krull había crecido con la convicción de ser experta en el arte de soñar. Siendo muy pequeña, su padre, en un gesto que no tendríamos por qué suponer maligno en su intención, pero de perniciosos resultados ulteriores, le había propuesto un juego cuya regla fundamental y única decía: "Contar para no soñar". Todavía hoy, Greta, frente a determinadas sensaciones o sucesos, acostumbraba a comenzar sus relatos con una urgencia candorosa. Como si fuera a ocurrir algo terrible si no decía aquello que tenía para decir, era frecuente que tomara a Alex por el mentón, lo mirara con cierta desesperación y le dijera:

—Necesito contártelo para no soñar— y si Alex no podía escucharla en ese momento o manifestaba alguna reticencia, era evidente que Greta se alteraba y volvía a la carga de inmediato:

—¡Te lo cuento para no soñar —es sólo para no soñar!—. Con paciencia Alex escuchaba el relato, más o menos trivial, más o menos urgente, más o menos necesario, no importaba. Greta sabía cuán-

do debía contar algo para no soñar. Alex se había habituado al juego y le parecía una manera bastante artística de contar, y bastante femenina también.

Para Greta, aquello no fue nunca un juego. La noche que su padre lo anunció, la niña, que todavía no cumplía ocho años, sintió que se la estaba haciendo partícipe de algo muy importante. En realidad, las cosas que venían de su padre eran consideradas por ella con una seriedad que, seguramente, debía conmover el corazón del filósofo, aunque él no diera muestras al respecto. El señor Krull, que se había resignado a ser considerado un extravagante por sus contemporáneos, tal vez valoraba el respeto que su hija sentía por él como una de la pocas cosas apacibles que le ocurrían en esta vida. Se había acostumbrado a conversar con ella como si estuviera con una persona mayor y tal vez tampoco hubiera sabido precisar dónde estaba la diferencia, o si creía realmente que hubiera alguna. Al menos, alguna en que su niña resultara desfavorecida o quedara en cierta condición inferior.

El señor Krull llegó a enterarse de que engrosaba con este rasgo su fama de hombre excéntrico, y se rió mucho cuando se enteró que un colega suyo había dicho que él era del tipo de hombres que creen que los niños y los locos siempre tienen la razón. Actitudes de esta naturaleza lo hacían merecedor de otras críticas, relativas en este caso a su carácter desdeñoso. ¿Tenía o no aquel caballero su programa, su sistema?, se interrogaban los allegados más inteligentes. Greta supo siempre que su padre obraba muy deliberadamente y estaba orgullosa de haber llegado a comprenderlo. Qué era aquello que Greta creía comprender resultaba

tan enigmático como la deliberación de su progenitor. Pero de ese enigma de fidelidad a su padre, de esa creencia en su proyecto, ella había heredado un aire de persona que se trae algo entre manos, como suele decirse. Tal vez su aire distraído, su aspecto ensoñado, unido a una belleza que no tenía nada de acabado y sin embargo resultaba notable, hacían que la gente reparara en ella sin saber a ciencia cierta de dónde emanaba esa atracción, o mejor, porque la atracción que Greta ejercía parecía venir desde un lugar que no era ella misma. Esta extraña impresión que Greta producía desde que era una niña le daba el aire de persona que tiene un secreto, o una pena escondida o, más atrevidamente, una vida oculta. Si esta impresión la hubieran tenido solamente aquellas personas que conocieron a su padre, hubiera podido ser atribuida más al efecto que éste causaba en los demás, que a alguna peculiaridad de la hija; pero no era así. El mismo Alexander tuvo, respecto de la belleza de Greta, una vacilación proveniente de ese carácter que, livianamente, algunos calificaban de sofisticado.

—¿Es tan bella? —le había preguntado su compañero de cuarto, intrigado por el amor repentino que aquella joven había hecho surgir en su amigo.

—¡Es bellísima! —respondió Alex sin dudar un instante. Pero inmediatamente agregó turbado, como si no hubiera dicho la verdad: —En realidad es más y menos que eso —balbuceó el joven tomándose su tiempo. Depende de los momentos, —agregó sin ninguna originalidad, por lo que su amigo concluyó que sería una joven no demasiado agraciada pero con mucha personalidad; es decir, todo lo contrario de lo que Alex deseaba transmitir.

Como se ve, padre e hija resultaban difíciles de definir, como si toda tipología les calzara mal, pero no por exceso o defecto sino por pura inadecuación.

El señor Krull había logrado desconcertar a sus compatriotas de Dinamarca (la pequeña patria, como gustaba en llamarla) con una obra que algunos consideraban demasiado estética, otros demasiado ética y otro grupo demasiado religiosa. En fin, un desconcertante modo de hacer filosofía, en principio. Sea como fuere, la pequeña Greta, que se había acostumbrado a escuchar que su padre era extraño, se extrañaba ella misma cuando su tía Margarita fruncía el ceño al respecto. ¡Su padre era mucho más que extraño! —pensaba Greta— ¡Era verdaderamente fabuloso! ¿Qué niña podía decir que tuviera un padre con tantos nombres? La atónita admiración de Greta era comprensible. El caballero Krull, entusiasta y sistemático militante de los seudónimos, no había creído que fuera poco adecuado que su hija se dirigiera a él, según las circunstancias, como Johannes Silentius o Cornelius o Anticlimacus, que tales eran algunos de sus seudónimos. El señor Krull no era un estrambótico pero, convencido de ciertas y determinadas cuestiones, no veía motivos para engañar a Greta respecto de ese personaje que él era en cada etapa de su vida. Hombre de corazón ingenuo, hubiera considerado completamente inverosímil que su hija no estuviera enterada de estas cosas. El asunto es atendible si consideramos que para el señor Krull su obra no hubiera sido posible si él no hubiera sido ese que se le exigía, en cada momento. Practicaba un existencialismo religioso. Ésta era al menos la explicación que barruntaba su hermana Margarita cuando en alguna velada se veía obliga-

da a defenderlo de gestos suspicaces respecto de su salud mental. La tía de Greta era una dama de considerable fortuna que había cultivado su espíritu a través de la lectura. En verdad lo único que había conseguido era transformarse en un repertorio de citas más o menos bien elegidas para cada ocasión, hecho del que era a medias consciente. Lo suficiente para hacerla sufrir. Cuando sus palabras merecían la aprobación de los presentes, la señora Margarita se turbaba aún más porque como ella sabía que había estado hasta un segundo antes pensando si decía eso o lo contrario, el elogio la turbaba porque la sometía a dos atolondramientos seguidos: no alcanzaba a reponerse del temible momento en que de su repleta cabecita debía seleccionar una flor espiritual adecuada y graciosa, cuando la sensación de haber dicho lo contrario de lo que debía, rebotaba en el elogio, multiplicando el estado de azar en que todo había transcurrido para ella. No confiaba en sus palabras y, menos, en las ajenas. Pero no por alguna clase de complejo de persecución o alguna patología de esa naturaleza sino porque se sabía poseedora de dos temibles defectos: la distracción y el apresuramiento y ello la tornaba tremendamente insegura. No podía luchar contra ninguno de los dos y, por lo tanto, vivía con la convicción de que, en algún punto, ella debía resultar ridícula. Si había un rasgo que la dama admiraba era, precisamente, la sobriedad, rasgo que asociaba con una verdadera sabiduría espiritual. Por lo demás, era una mujer amable y generosa que disfrutaba rodeándose de artistas y filósofos de moda de los que siempre tenía algo que aprender. Que el señor Krull nunca asistiera a sus reuniones seguía ofendiéndola como el primer día.

Después de un episodio enojoso, su hermano no daba más clase en la Universidad y como contaba con una pequeña renta se había dedicado a escribir, por lo que tenía cada vez menos contactos con sus compatriotas, hecho que su hermana deploraba.

Pero allí estaba Greta quien, desde niña, atendía dócilmente a los cambios de tono de su padre. Se acostumbró incluso a escucharlo discutiendo con Johannes Silentius cuando era Cornelius o con Anticlimacus cuando era Silentius. Greta supo siempre que aquello era tan serio como cierto, lo que resultaba deslumbrante tratándose de una niña tan pequeña. La solemnidad con que abría sus enormes ojos grises para preguntarle a su padre si Anticlimacus era más bueno que Silentius, y quién era más valiente, y tantas otras cosas así que se les ocurren a los chicos, emocionaba al señor Krull, que con la misma seriedad le respondía, enigmáticamente, que ninguno era perfecto porque unos se apuraban demasiado y otros llegaban demasiado tarde. En cambio, le contó la historia de un hombre que, llamado por Dios a sacrificar a su hijo, lo hizo con tanta precisión, con tanta fe, que estuvo justo a tiempo para el momento del milagro.

Si Greta hubiera sido una niña menos imaginativa y más fantasiosa, hubiera batido palmas por el milagro, especialmente si consideramos que había escuchado todo el relato con temor, siguiendo con especial horror el momento en que su padre tomó un cortapapel de encima del escritorio para ilustrar el instante en que el hombre que llegó justo a tiempo se disponía a cortar la cabeza de su hijo. En

ese momento aparecía un carnero que tomaba el lugar del hijo y el milagro ocurría.

Pero Greta no pareció feliz con el desenlace y la expresión de temor no se borró de su rostro hasta que su padre la rodeó con los brazos en un gesto habitual. Pero el episodio no terminaría allí.

A Greta jamás se le hubiera ocurrido imaginar que alguien no estuviera a tiempo con el tiempo, que fue así como ella entendió las cosas. Por días enteros se había quedado cavilando sobre aquello de "llegar justo a tiempo" y su cabecita infantil se desmadejaba buscando comprenderlo. ¿No era uno acorde con el tiempo y, si no, no tenía dónde existir? Greta era demasiado pequeña para preguntarse ¿acaso no estamos hechos de tiempo? Aunque alcanzaba a vislumbrar algo así como ¿pero el tiempo no somos nosotros? o ¿será que no somos simultáneos? o ¿dónde está el dueño del tiempo o aquel que es el tiempo? Al llegar a este punto podría haberse imaginado un tiempo enorme, como un gran mantel de comedor, un envoltorio que pudiera caer sobre el mundo, un gran manto que nos recibía a todos cuando nacíamos y nos soltaba al morir. Pero por allí no iba a ningún lado porque su preocupación se había centrado exclusivamente en un punto. Mujer al fin, no podía dejar de pensar: ¿será que soy yo la que no voy junto con el tiempo y nunca me había dado cuenta? Por vaya a saber qué infantiles razonamientos llegó a pensar que sólo el día de su cumpleaños llegaba justo a tiempo. Tal vez porque lo que había entendido era que ese día el tiempo llegaba justo a tiempo sólo para ella. Rápidamente dedujo que no era el tiempo el que tenía que ser preciso con ella sino ella con el

tiempo y allí comenzaron sus mayores desventuras: ¿cómo cumplir con la precisión que el tiempo requería? Empezó a observarse, alerta a cada uno de sus propios y mínimos movimientos, tratando de averiguar si iba demasiado lento o demasiado aprisa. ¡Pero no encontraba el modo de comprobarlo! Llegó a ensayar repitiendo el mismo gesto con el reloj en la mano y para su desazón comprobó que nunca hacía lo mismo en el mismo tiempo, por lo que es posible pensar que un instinto de automatismo dominó para esa época su alma infantil, en la cual se había instalado una especie de falla. Sabiamente, Greta pensó que había nacido con esa falla porque le resultó ridículo suponer que había habido un día en que ella se había descompuesto, al modo de un reloj.

A partir de esa época, Greta, siempre tan precisa, comenzó a transformarse en una muchachita sobresaltada que estaba pendiente de sus propios movimientos para conseguir estar a tiempo, sin tener la menor idea de cómo hacían los demás para estarlo. Por un mecanismo nada común, fue aquí cuando Greta, que era extremadamente inteligente, había dado por sentado que las demás personas están siempre acordes y que era ella la que tenía algún problema para calzar en ese tiempo de los otros sin desentonar. Greta cantaba, conocía algo de música y lo que en realidad creyó fue que los demás eran como una partitura bien cantada y ella era su propia partitura desafinada. Esta súbita megalomanía de la niña demostró que no estaba preparada para escuchar los relatos de su padre, sensación que, por distintas razones, la acompañaría toda su vida.

—¡Tengo que contárselo a papá para no soñar! —exclamó una tarde mientras miraba por la ventana los árboles del jardín. Para ese tiempo había adquirido un nuevo gesto. Evitaba mirar a la gente salvo que tuviera que actuar "con ella", en cuyo caso se ponía en estado de alerta para seguirles el ritmo. Una tarde, mirando los árboles del jardín, llegó a otra de sus conclusiones: los árboles, las plantas, las montañas, eran cosas que estaban en el mundo con absoluta precisión. Tan sagrada comenzó a resultarle entonces la madre naturaleza, que sus males se redoblaron porque empezó a tener miedo de ser ella quien arruinara esa paz con su desacomodamiento naciente. A veces, si estaba algo triste, pensaba que ni siquiera debería disfrutar observando sus árboles porque tal vez les hiciera algo con la mirada que pudiera llegar a desacompasarlos. Por la misma razón evitaba tocarlos.

Cuando el señor Krull escuchó esa maraña de confusiones, le sonrió tiernamente y subiéndola a sus rodillas con la torpeza que lo caracterizaba le dijo:

—Todas estas preocupaciones, Greta, demuestran que no es posible explicar a nadie esta historia del hombre que llegó justo a tiempo. Hay cosas que no tienen explicación, querida, y debes acostumbrarte a ello. En cuanto a lo que te ocurre, sólo si te arrepientes de haberte confiado excesivamente a tus propias fuerzas y tienes fe en que hay un Padre, un verdadero padre que nunca te dará explicaciones, encontrarás la marcha adecuada. No depende de tus razonamientos, Greta, si no de saber estar tú justo a tiempo cuando Él te llame.

Durante muchos años yo también traté de entender la historia del hombre que nunca se adelantó ni se retrasó, que ató su mula con delicadeza, que no la agotó con prisa, que se tomó el tiempo para despedirse de su mujer sin pesadumbre, tomar confiadamente al hijo de la mano y acudir puntual al llamado de Dios; pero cada vez que pensaba la historia armaba cuadros distintos, componía diálogos diversos y sólo conseguía sumirme en una gran desesperación. ¿Y sabes cuál era todo el problema?

—No, padre —respondió la niña que había entrado en una profunda desesperación.

—El problema era que yo no había estado allí, ni lo estaría nunca. Tenía que buscar mi propia ocasión, como lo había hecho ese hombre.

—¿Ocasión propia? —balbuceó Greta que apretaba los labios para no llorar.

—Así de simple —dijo su padre para rematarla—. Mi propia ocasión de estar a tiempo. ¿Lo ves ahora, niña?

Greta no se atrevió a decir que no porque creyó que su padre se entristecería por su necedad. Y si había algo en el mundo que Greta jamás hubiera hecho, era entristecer a su padre.

Comenzó para Greta una cadena irreparable de malosentendidos. El primer gran error consistió en creer que había una conexión entre el juego de "contar para no soñar" y la historia del hombre que sacrificaba a su hijo.

Como la pequeña era orgullosa no se le ocurrió llevar a nadie su problema. "Nadie" era, en realidad, su tía Margarita con la que no se podía hablar de esas cosas. En todo caso, aunque no hubiera sido así, la niñita sabía que si su tía se enteraba de

esa índole de preocupaciones, le cargaría la responsabilidad a su padre, cosa que ella no estaba dispuesta a promover. Esta situación tenía antecedentes. Aunque tía Margarita era muy buena —esto jamás lo había puesto en duda— Greta tenía la sensación de que la quería educar en un sentido distinto del que su padre lo hacía. A Greta no le hubiera importado que su tía insistiera en que jugara con niñas de su edad y aprendiera a comer correctamente en la mesa y a tener el cabello mejor rizado y otras cosas así, si no hubiera tenido la convicción de que cada vez que su tía le daba alguna indicación, quedaba flotando en el aire el sonsonete de "eres así como consecuencia de las cosas que tu padre te mete en la cabeza", estribillo tenaz para el que la pequeña no tenía respuesta, porque su padre no le metía nada en la cabeza, y era su propia cabeza la que pensaba que no valía la pena explicárselo a alguien que creía que eso era posible. Greta era extremadamente responsable y amaba a su tía, por lo que siempre se las ingeniaba para darle una versión de los hechos que no ampliara las ideas que la señora tenía respecto de la irresponsabilidad de su hermano. De la misma manera procuraba que su padre no se enterara de las opiniones de su tía, porque la ponía triste la melancolía que percibía en él cada vez que ella se comportaba a instancias de su tía Margarita. En esos casos su padre no decía absolutamente nada, pero Greta veía que se ensombrecía, por lo que se apuraba a aclarar:

—Mira, padre, que tía Margarita no tiene nada que ver en esto. He sido yo quien decidió rizarse el pelo de este modo, ¿no te parece bonito?

Lo que Greta no advertía era que su padre no se entristecía por su hermana, a quien consideraba una excelente mujer incapaz de tener ideas propias, sino que lamentaba que su hija fuera tan estética, por sus propios medios. Fiel a sus convicciones, tampoco trataba de enderezar a la pequeña coqueta sino que se limitaba a dejar que ella encontrara —alguna vez— la ocasión de arrepentirse. Esto el señor Krull no lo dijo jamás y Greta nunca supo que sus inofensivos ardides caían en saco roto. Tal vez porque ella sí creía en las influencias de la educación más que en sus inclinaciones naturales o en sus pequeñas libertades. Es una pena que la niña cargara con la responsabilidad de procurar que su padre y su tía se entendieran, sin advertir que el señor Krull no tenía el menor interés de entenderse con los demás, si eran ésos los términos en que se planteaban las cosas. No consideraba que nadie tuviera que explicarse con nadie. Sencillamente, él no pensaba que se pudiera poner en el lugar del más lejano o el más cercano de sus semejantes, y tampoco pretendía que alguien se pusiera en el suyo.

Sistemáticamente abandonada a su suerte, Greta seguía pensando en aquello de "contar para no soñar". En rigor de verdad, convendría aclarar que el señor Krull había estado bromeando cuando propuso aquella charada. Un simple juego para lucir su espíritu paradojal. Había escuchado ese misma mañana a una rústica mujer que atendía una tienda en el centro dejar caer en el oído de su compañera: "Me he quedado tan impresionada que

después te lo cuento para no soñar". Este candor le había gustado al señor Krull —que era algo infantil— y se dedicó a admitir por un momento que tal vez era posible ahorrar a las gentes de pesadillas si se reconocía la pesadilla antes de que ocurriera. Era así como él había tomado la situación y ni siquiera le había dado otra importancia que la de una distracción ingenua, especialmente, si tenemos en cuenta un extrañísimo rasgo del señor Krull: decía no haber soñado nunca. Como él mismo sabía que eso era imposible, suponía que lo que obviamente ocurría era que él nunca podía recordar un sueño, pero no le producía la menor curiosidad aquello que no conocía. Hasta tal punto se proclamaba ignorante de sus sueños que ese día se había alejado del lugar tarareando una cancioncilla de opereta como en su primera juventud. Sólo en ese estado de chifladura se explicaba que el señor Krull considerara divertido compartir con Greta un juego del que no esperaba ningún desarrollo.

Pero Greta era una niña y su idea sobre lo que es un sueño era mucho más gravosa. Además, solía tener pesadillas y le había parecido maravilloso que su padre conociera un método que se las ahorrara. Pero al alivio inicial siguió una preocupación farragosa: ¿cómo saber exactamente qué era lo que tenía que contar? No siempre sus pesadillas se correspondían con algo que en la realidad la hubiera espantado. Esta reflexión que la hubiera debido hacer desconfiar de la eficacia del juego o advertirla sobre su chifladura, la sumió en problemas cada vez más complejos, manifestados a su padre de inmediato.

—Padre, ¿y cuando el sueño ya está hecho y yo no te he contado aquello que hubiera debido contarte para no soñarlo?

El señor Krull frunció las cejas y casi se largó a reír, pero viendo la seriedad de Greta, no se atrevió; por lo que la niña continuó:

—¿No deberíamos intentar saber qué es lo que no te conté y luego me trajo pesadillas? Es decir, ¿no deberíamos tratar de saber qué es lo que no te he contado y entonces soñé y no sólo qué es lo que quiero contarte para no soñar?

El señor Krull se fatigaba con la literalidad de su hija, especialmente porque temía que la niña comenzara a formarse la idea, tan nociva en nuestros tiempos, de que entre padres e hijos cupiera una explicación. No quería ser injusto con las explicaciones, pero veía en ellas una transmutación del hecho fortuito (propio de la estética con su velocidad uniforme) y lo fastidiaban las novelas con su manía de encontrar siempre modos falsos de resolver los malentendidos. Al señor Krull no le importaba si el cartero llegaba antes o después, sencillamente le parecían ridículos esos mensajeros que transmiten la noticia esclarecedora antes de que las cosas pasen a mayores. Dotado de un espíritu trágico para el cual los hombres eran tan fatales como necesarios, aunado a una profunda fe religiosa, no sentía ninguna predilección por esos milagros caseros. La estética era para el señor Krull una ciencia cortés y sentimental que cuenta con más recursos que un prestamista.

El padre de Greta, como se ve, no conservaba casi rasgos de esa cortesía pese a que en sus tiempos jóvenes cualquiera lo hubiera confundido con un dandy trasnochado que gustaba de escan-

dalizar. Ahora era un declarado pensador religioso y, pese a su vieja y profunda desesperación, o tal vez sólo por eso, se lo solía ver pasear alegre y liviano, como un simple. Tal vez, también, se lo hubiera podido disculpar por esa bobería que causaba estragos en la mente de la niña. En todo caso, y no es un rasgo poco importante, Greta nunca pensó que tuviera que disculparlo de nada. Todo lo contrario. Y ya no nos referimos a la pequeña sino a la jovencita que miraba por la ventana en este país extranjero. La jovencita que veía correr a las nativas sucias y se perdía en esas polleras bamboleantes y, sin embargo, sabía que no soñaba. Su padre le había enseñado que en los sueños uno tiene la posibilidad de despertarse y que en cambio la realidad es continua y nadie sale de ella salvo que esté loco. Y ni aun así, porque sólo en el sueño se está en el tiempo del sueño, al mismo tiempo que el otro tiempo continúa transcurriendo. Greta creyó recibir esta lección la tarde que fatigó a su padre con sus disquisiciones prácticamente insidiosas sobre aquel inofensivo chascarrillo que ella había tomado tan a pecho.

Pese a la evidente fatiga del señor Krull, Greta se había empecinado y deseaba continuar aquello. En cuanto su padre la volvió a mirar (se había mantenido un largo rato con la cabeza gacha) Greta se abalanzó otra vez sobre él en los siguientes términos:

—Voy a contarte algo que soñé para que luego tú me digas qué es lo que hubiera debido contarte para no soñar —avanzó la pequeña mientras su padre se reclinaba en el sillón—. Yo estaba en un lugar que era muy alto pero no había nada que pudiera probar que era alto porque yo no veía

ninguna cosa —si he de atenerme a los datos— que me hiciera saber si había algo más bajo o más alto, ni podría dar pruebas de que lo era, pero sabía que era alto. En ese momento, que tampoco puedo situar como antes o después de que pusieran el escenario alto, pero que supongo vino después porque si no ¿dónde habría de transcurrir todo aquello? o, mejor, creo que ponían al mismo tiempo el lugar alto y el momento y yo no me podía dar cuenta de eso porque, aunque diga ahora, en ese momento no podría precisar el momento de qué tiempo. Pongamos que, en ese momento, (el señor Krull la había mirado suplicando que abreviara) fue que apareció otra niña. Y eso era lo extraño, padre —apresuró Greta tratando de animar el relato—, la otra niña era yo, eso lo sabía (enfatizó Greta) y lo sabía porque éramos completamente distintas. Y lo más extraño era que la otra niña era diferente a mí en los zapatos (aunque en realidad éramos diferentes en todo) pero yo también sabía que sólo teníamos zapatos distintos, aunque no había de verdad nada que fuera igual entre nosotras.

—Greta —interrumpió el señor Krull haciendo volar sus rizos para distraerla—, lamento decirte que al ser tu sueño tan igual a todos me será imposible decirte qué es lo que hubieras debido contarme para no soñar. Escucha, hija —dijo el caballero, poniéndose serio—, debes entender que los sueños son la deformación en estado puro—. Allí se detuvo en seco, tímidamente.

Con esa explicación el señor Krull creía que dejaba aclarado que "contar para no soñar" era un chascarrillo, por lo que prosiguió:

—Toda persona amable con sus semejantes debe por tanto evitar contarlos si no quiere resultar

aburrida. No lamentaría que los escribieras mejorando la prosa —comentó el señor Krull, sonriendo suavemente— y en ese caso voy a escuchar tus relatos con mucha alegría. Pero abandonemos ahora el sonsonete de era y no era, no era pero yo sabía que era, ocurría aunque no hubiese podido ocurrir y demás paradojas de las que sólo tú puedes dar crédito y que no revisten interés para nadie que no seas tú misma.

Greta asintió con los ojos grises más serios que nunca y miró a su padre de frente con una tristeza intimidatoria, tristeza que demasiadas veces velaría su mirada en el futuro.

Cuando Alex la vio por primera vez (Alex se enorgullecía de haberlo visto todo, como en un fresco enorme, desde la primera vez) no dejó de advertir esa mirada que tenía algo de desafiante. Por un lado, la joven parecía dejar de mirar rápidamente a su interlocutor, apenas concluía una conversación, sin embargo, era evidente que se reservaba un momento más para continuar observándolo, de manera que el otro se viera obligado a tornar otra vez hacia ella. Recién en ese justísimo momento bajaba suavemente la cabeza (como dando el placet para que la conversación terminara), la bajaba con timidez, pero se hubiera podido adivinar un brillo en la mirada, indicador de que la divertía esto de saber que, como un relámpago, el otro había sentido el chispazo final de sus ojos con la fuerza suficiente como para hacerse mirar nuevamente. Seguramente eran modestos y poco confiables ensayos de telepatía, sin embargo, cuando Greta lo miraba así, Alex podía jurar que sus ojos encerraban una especie de amenaza detenida, algo que sería siempre precisamente eso, amenaza,

latencia, pura posibilidad. En ese lago gris estancado que eran los ojos de Greta se revolvía la piedad, una profunda piedad que inhibía cualquier otro sentimiento.

Aquella tarde Greta había hecho un descubrimiento común a todos los niños de este mundo, sólo que le dio una formulación que no le permitió superar el momento. El mundo, había reflexionado la niña que no estaba como para discurrir sobre lo que eso quería decir, el mundo no era solamente lo que su padre pudiera pensar del mundo. Había algo más, por ejemplo su sueño, y no importaba tanto que su padre lo hubiera desconsiderado, continuaba Greta, creyendo entender más, sino que había algo que sólo ella podía conocer y que aunque su padre la forzara y la maltratara nunca podría saber. Cuando Greta pensó en eso del maltrato se puso a llorar desconsoladamente porque sabía que se había extralimitado. Era imposible pensar que su padre alguna vez pudiera forzarla o maltratarla. Ella se había atrevido a imaginarlo como consecuencia de la tristeza atroz que le causaba saber que su padre no podía conocerlo todo. ¡Que hubiera algo que él no podía conocer! Desasosiego y mucha pena sintió Greta Krull. Hasta que, al cabo de unos días, creyó razonar mejor y se dijo:

"Es completamente absurdo que yo alguna vez creyera que el mundo era el pensamiento de mi padre, porque de ser así, de haber podido mi padre pensar todo lo pensable del mundo, el mundo mismo se hallaría encerrado en su cabeza y yo no podría haber estado habitándolo". La pequeña, completamente ignorante en materia de idealismo, comenzaba a aprenderlo de una manera tortuosa.

¿Dónde estaba el mundo entonces? ¿no tenía límites? (evidentemente ella lo pensaba como un universo) ¿cómo asegurarse de que ella estaba dentro del mundo? Creía entender que el hombre que llegaba justo a tiempo era el único que tenía un mundo. Por un momento se imaginó el mundo con millones de personas que querían entrar y no llegaban justo a tiempo. Cuando salió de esta ensoñación le quedó la impresión de que ella era la única que ahora no llegaría a tiempo, porque el mundo quedaba en ningún lugar y tenía que armar uno.

Con malos pensamientos como éstos, Greta fue creciendo con rebuscadas imágenes de sí misma sin saber si ella transcurría en el verdadero mundo o habría pasado a ser una habitante de los sueños que cada tanto se colaba en el mundo con movimientos espasmódicos que la delataban como infiltrada, como irreal. En todo caso, hay que reconocer en favor de Greta que nunca le importó lo que al respecto pensaban los demás. No era un "buen papel" lo que le interesaba. En todo caso, la alarmaba más pensar que las gentes no advirtieran su problema porque le producía un doble efecto de irrealidad. Fallar como personaje del mundo le parecía menos horroroso que colarse en el mundo sin que nadie lo advirtiera.

Sólo los sueños pasaron a ser para Greta la verdadera escena del mundo y se había resignado a entrar en la otra escena (la del mundo) como un pájaro carpintero o una nutria, espasmódica y furtiva.

¡La verdadera escena del mundo! Eso era lo que Greta parecía haber encontrado en el cuadro que veía del otro lado de la ventana. Y si alguien hubiera podido ver el dibujo que trazaba su dedo en el aire, hubiera visto una imagen virtual plena de olor, de color, una imagen nítida y recortada, extremadamente verdadera porque tenía el aire de la realidad de los sueños. Un aire remoto pero, en un punto, justo, compacto, duro, resistente.

Es cierto que Greta sabía que no soñaba. Pero pensaba que, por primera vez, una escena tenía la certidumbre de un sueño.

En cuanto a Alex, amaba a su mujer por su mecánica avidez de pájaro carpintero y, también, por esa tremulación fugaz de nutria que semejaba una verdadera huella. Esa huella como de fantasma en la cual Greta temía desvanecerse era para Alex la verificación más fina de la presencia de las cosas en el mundo.

Epílogo

Greta Krull no abandonó la habitación del hotel, ni su puesto en la ventana más que para cumplir con algunas obligaciones indispensables, pero rehuyó expresamente salir de día a la calle.

La mañana en que debían emprender el regreso a casa, bajaron a la confitería y Greta se mostró abatida. Desayunaron ambos en silencio; Greta se fue animando de a poco. Cerca de las diez fueron juntos a dar las órdenes para que bajaran el equipaje. De vuelta al cuarto, Greta tomó a su marido por el brazo y le mostró una sonrisa que Alex hubiera asegurado no haber visto nunca en su rostro: Greta sonreía de un modo inconfundiblemente divertido. En tanto, manteniendo esa sonrisa como si la tuviera dibujada en el rostro (Alex sintió que era una sonrisa demasiado tiesa), apretó el brazo de su marido y le dijo de un modo solemne:

—Alex, hoy debo salir sola del hotel. ¡Debo hacerlo para no soñar! —agregó sin poder disimular cierta urgencia.

Alex prendió un cigarro y se quedó un instante mirando el humo con aire grave, como si estuviera midiendo el efecto que tendría la respuesta que iba a dar.

—Podríamos encontrarnos en el restaurante del aeropuerto a las doce —dijo, sin embargo, defraudando cualquier expectativa diferente.

Greta le apretó nuevamente el brazo, esta vez hasta hacerle doler, e insistió:

—¿Pero no te interesa saber qué es lo que debo yo hacer para no soñar, querido mío? —arriesgó demostrando que, efectivamente, y como su padre temía, había contraído la idea de que los demás esperaban de ella alguna explicación.

En ese momento, Alex la rodeó con sus brazos y la apretó suavemente como si hubiera habido entre ellos una larga y agotadora explicación y ahora llegara el momento de disfrutar del reposo. El gesto de su marido confundió a Greta hasta el punto de que llegó a dudar si efectivamente no habían estado hablando de alguna cosa grave que los involucraba a ambos y era ella la que no había conseguido estar justo a tiempo allí, para el momento de la explicación. No dijeron más y subieron al cuarto.

Cuando Greta salió a la calle creyó sentir que un sol agudo lo iluminaba todo y, por primera vez en muchos días, parpadeó. El mercado quedó encendido por una luz bienhechora que parecía venir viajando de muy lejos buscando un claro y lo hubiera encontrado allí. Greta veía una luz esplen-

dente cuando, en realidad, se trataba de un haz imperceptible que la enorme rueda arrebató súbitamente de la escena. Greta volvió a parpadear y estaba a punto de pensar que ella lo había arruinado todo, cuando se detuvo en medio del mercado, incapaz de dar un paso. Un grupo de nativas huía hacia ella. Cuando pasaron por su lado Greta quiso tocarlas pero le resultó imposible. Se hubiera dicho que estaban hechas del mismo polvo que levantaban al correr. Zigzaguearon cerca suyo y desaparecieron rápidamente de su vista. Desde allí abajo parecían más livianas, más inconsistentes, casi irreales, si no hubiera sido por ese olor penetrante que le hizo fruncir el ceño y llevarse a la nariz un delicado pañuelito embebido en un perfume seco y suave. Greta, podemos dar fe, guardó el pañuelo en su cartera y se confundió entre la muchedumbre del mercado. El paseante, sin embargo, hubiera asegurado que la extranjera arrojó el pañuelo muy lejos, hacia la línea de fuga de las nativas, al tiempo que se quedaba mirando cómo se perdía hacia el fondo del retablo de títeres, con la vista fija en un punto, justo, preciso, exacto. Sea como fuere, Greta Krull no tomó el avión con su marido, quien nunca volvió a saber de ella.

Mayo, 1992

Índice

Dos novelas cortas, **El visitante** y **Greta Krull**, se suceden en **Fina voluntad**. Un hecho imprevisto —la muerte repentina del esposo y una casa súbitamente vacía para Catherine Harven; el encuentro de Greta con el extaño ritual que, mecánicas y distraídas, actúan un grupo de nativas frente a la ventana del hotel— provoca en ambas el interrogante que, en cada metamorfosis, impulsa a seguir el relato: "¿Y qué piensa hacer ahora en una casa tan grande?"; "¿Es que en verdad se había creado una relación entre Greta Krull y aquellas mujeres cuya existencia ignoraba apenas una semana atrás?".

Como en los mejores relatos, de la voz firme y conjetural que narra estas novelas pero también de las voluntades delicadamente tenaces que las animan queda, para quien lee, a modo de una huella efímera, "la verificación más fina de la presencia de las cosas en el mundo".

Milita Molina nació en Santa Fe, el 22 de agosto de 1951. Vive en Buenos Aires desde 1976.
Dedicó seminarios, charlas y escritos (publicados en la revista *Babel*) a la obra de Osvaldo Lamborghini. Es profesora de literatura del siglo XIX en la Universidad de Buenos Aires.



BEATRIZ VITERBO EDITORA